

auxilio de los débiles, y que debía tratar á toda doncella como si fuese su hermana y á toda anciana como á su propia madre. Recordando estas dos máximas, el robusto y hermoso mancebo se arrodilló y rogó á la buena mujer que montase en sus hombros.

—Este vado no me parece muy seguro—observó;—mas, puesto que tu negocio es tan urgente, haré lo que pueda para conducirte á la otra orilla. Si el río te arrastra, también á mí me arrastrará.

—Lo cual será para ambos un gran consuelo—añadió la vieja.—Pero, no temas; vamos á cruzar el río sin peligro.

Y echó los brazos alrededor del cuello de Jasón; éste la alzó del suelo y se metió atrevido en la corriente rabiosa y espumante, alejándose de la orilla. El pavo real se había posado en la espalda de la vieja. Las lanzas que llevaba Jasón en las manos le impedían tropezar y al propio tiempo le señalaban el paso entre la aglomeración de las ocultas rocas, por más que, á cada instante, temía que el agua se lo llevase á él y con él á su carga, en compañía de los árboles arrancados de cuajo y de los restos de las cabras y de la vaca. Y el frío torrente seguía despeñándose por las escarpadas faldas del Olimpo, colérico y ronco, como si tuviese verdadero odio á Jasón, ó cuando menos como si quisiese arrebatárle de sus hombros su carga viviente. A medio camino, uno de los árboles, de que os he hablado más arriba, salió de su cárcel de rocas y se abalanzó sobre Jasón con todas sus ramas extendidas, como los cien brazos del gigante Briareo. Sin embargo, pasó con rapidez á su lado, sin tocarle. Pero, casi en el mismo momento, hundióse su pie en la hendidura de una roca y quedó allí de tal suerte aprisionado que, con los esfuerzos para recobrar la libertad, perdió una de las sandalias de las cintas de oro.

Ante tamaño accidente, Jasón no pudo reprimir un grito de despecho.

—Jasón: ¿qué te pasa?—preguntó la vieja.

—Un grave percance—contestó el joven.—He dejado una sandalia entre las piedras. ¿Qué voy á parecer en la corte del rey Pelías con un pie calzado con una sandalia de cintas de oro y con el otro pie desnudo?

—No te preocupes por tan poca cosa—dijo alegremente su compañera.—No fuiste nunca más afortunado que cuando per-

diste la sandalia. Esto me acaba de convencer de que eres la mismísima persona de quien habló la encina parlante.

No era entonces el momento más oportuno para indagar cuáles habían sido las palabras de la encina parlante; pero el tono jovial de la vieja animó al mancebo; además, jamás se había sentido tan robusto y poderoso como desde el instante en que cargó á la vieja sobre sus espaldas. En vez de desfallecer, cobraba nueva fuerza á medida que avanzaba, y, luchando contra el torrente, llegó á la orilla opuesta, salió del agua y depositó en la hierba á la anciana con su pavo real; hecho lo cual, no pudo menos de contemplar su pie descalzo con cierto desaliento: una sola tira de la cinta de oro se adhería aún á su tobillo.

—No te faltará un par de sandalias más hermosas que éstas—le dijo la vieja, mirándole bondadosamente con sus bellos ojos pardos.—Te aseguro que en cuanto el rey Pelías vea tu pie desnudo, se pondrá pálido como la cera. Por ahí sigue tu camino; ve por él, mi buen Jasón, que mi bendición te acompaña. Cuando te sientes en tu trono, acuérdate de la pobre vieja á la que ayudaste á atravesar el río.

Pronunciadas estas palabras, la mujer se alejó con paso inseguro, volviendo atrás la cabeza para sonreír al joven. Ya fuese porque la luz de sus hermosos ojos pardos iluminaba su rostro, ya por otra causa cualquiera, Jasón creyó descubrir un no sé qué de nobleza y majestad en su figura, y aunque su modo de andar era el de una persona reumática, sus movimientos tenían tanta gracia y dignidad como los de cualquiera reina de la tierra. El pavo real, que había bajado de sus hombros, la seguía escoltándola con la mayor pompa, desplegado el magnífico ruedo de su cola, para que Jasón le pudiese admirar.

Cuando la anciana y su pavo real se perdieron de vista, Jasón prosiguió su viaje. Después de correr una larga distancia, llegó á una ciudad asentada al pie de una montaña, no muy lejos de la orilla del mar. Extramuros de la ciudad vió congregada una multitud, no sólo de hombres y mujeres, mas también de niños, luciendo todos sus mejores galas y al parecer disfrutando de un día de fiesta. La muchedumbre era más compacta en la playa, y Jasón, mirando en dirección al mar por encima de aquel sinnúmero de cabezas, vió una columna de humo que subía al cielo azul. Preguntó á un hombre el nombre de aquella ciudad y el por qué de aquel concurso inusitado.

—Este es el reino de Yolcos—respondió el interpelado,—y nosotros somos los súbditos del rey Pelías. Nuestro monarca nos ha reunido aquí para que le veamos sacrificar un toro negro á Neptuno que, según se dice, es el padre de Su Majestad. Allá está el rey, debajo del humo que se eleva del altar.

El hombre, mientras estaba hablando, examinaba con creciente curiosidad á Jasón, cuyos indumentos eran muy diferentes de los de los habitantes de Yolcos; era en extremo singular ver á un joven cubierto con una piel de leopardo y empuñando sus manos sendas lanzas. Jasón echó de ver también que su interlocutor observaba muy especialmente sus pies, uno de los cuales, como recordaréis, iba descalzo, al paso que el otro estaba cubierto por la sandalia de cintas de oro que había pertenecido á su padre.

—¡Mírale! ¡Mírale!—dijo el hombre á su vecino más próximo.—¿No le ves? ¡No lleva más que una sandalia!

Primero una persona, después otras, principiaron á fijarse en Jasón, y á todas parecía sorprenderles en gran manera su aspecto, mirando mucho más sus pies que cualquiera otra parte de su cuerpo. Además, se las oía cuchichear entre sí:

—¡Una sola sandalia! ¡El hombre con una sola sandalia! ¡Por fin, aquí le tenemos! ¿De dónde ha venido? ¿Qué pretende hacer? ¿Que le dirá el rey al hombre de la sandalia?

El pobre Jasón estaba sumamente avergonzado y se persuadió de que el pueblo de Yolcos tenía una pésima educación, puesto que todos comentaban con tal persistencia una deficiencia accidental de su traje. Entretanto, fuese porque los empujones le llevaron ó porque deliberadamente Jasón se abrió paso entre la multitud, sucedió que no tardó en hallarse cabe el altar donde el rey Pelías estaba sacrificando el toro negro. Los murmullos y voces de la gente, sorprendida por la aparición del mancebo del pie descalzo, subieron de tono hasta el punto de interrumpir la ceremonia; el rey, blandiendo el enorme cuchillo con el cual iba á degollar el toro, se volvió colérico y clavó la vista en Jasón, de quien se habían apartado algo los demás, dejándole aislado al lado del altar humeante, frente á frente al enojado monarca.

—¿Quién eres?—preguntó éste, frunciendo el ceño de un modo espantoso.—¿Cómo te atreves á causar este alboroto, mientras estoy sacrificando un toro negro á mi padre Neptuno?

—No es culpa mía—respondió Jasón,—sino que Tu Majestad debe atribuirle á la grosería de tus vasallos, que han puesto el grito en el cielo porque voy con un pie descalzo.

Al oír estas palabras, el rey echó una mirada rápida y azorada á los pies de Jasón.

—¡ Ah !—murmuró ;—éste es, sin duda, el de la sandalia. ¿Qué puedo hacer con él?

Y apretaba con energía el enorme cuchillo, como si estuviese tentado de matar á Jasón en lugar del toro negro. El pueblo que le rodeaba oyó, aunque confusamente, lo que dijo el rey y en seguida se oyó un murmullo unánime, que no tardó en convertirse en ensordecedor vocerío.

—¡ El hombre con una sola sandalia ha llegado ! ¡ La profecía se ha de cumplir !

Bueno es que sepáis que, muchos años atrás, la encina parlante de Dodona había dicho al rey Pelías que un hombre calzado con una sola sandalia le había de derribar del trono. Por esta razón, había prohibido de un modo terminante que nadie compareciese ante su presencia sin llevar ambas sandalias fuertemente atadas al tobillo, y en su palacio tenía un oficial con la exclusiva obligación de examinar el calzado de todos sus súbditos y regalarles un par de sandalias nuevas cuando las que llevaban estaban algo deterioradas, corriendo el gasto de cuenta del real tesoro. Durante todo su reinado no había sentido el espanto que ahora le causaba la presencia de Jasón con su pie desnudo ; mas, siendo por naturaleza valeroso y de corazón empedernido, no tardó en reponerse, pudiendo meditar sobre la mejor manera de deshacerse del temible desconocido de la única sandalia.

—Buen joven—dijo el rey Pelías, hablando con la mayor suavidad imaginable para que Jasón no recelase nada :—sé bien venido á mi reino. A juzgar por tu traje, vienes de lejanas tierras, porque no es usanza de este país el vestirse de pieles de leopardo. ¿Quieres decirme cómo te llamas y dónde fuiste educado?

—Me llamo Jasón—contestó el joven extranjero.—Desde mi tierna infancia he vivido en la caverna del centauro Quirón. El fué quien me instruyó, enseñándome la música y la equitación, el arte de curar las heridas y, al propio tiempo, el modo de producirlas con mis armas.

—He oído hablar de Quirón, el maestro de escuela—replicó el rey,—y del inmenso caudal de ciencia y sabiduría encerrado en su cabeza, á pesar de que ésta descansa en un cuerpo de caballo. Me place en gran manera tener en mi corte á uno de sus discípulos. Mas, á fin de que sepa hasta qué punto has sacado provecho de sus doctas lecciones, permite que te haga una sola pregunta.

—No quiero pasar por sabio—dijo Jasón;—pero pregunta lo que quieras, que yo responderé lo mejor que pueda.

Ahora bien, lo que pretendía el astuto rey Pelías no era más que desconcertar al joven, logrando que dijese alguna cosa que causase su propio daño y su destrucción. Con una sonrisa repulsiva y perversa formuló la siguiente pregunta:

—Jasón: ¿qué harías si supieses que había en el mundo un hombre á cuyas manos hubieses de ir á parar y perecer? ¿Qué harías, si ese hombre estuviese delante de ti y en tu poder?

Jasón leyó en los ojos del rey su malicia y su perversidad, que no podían menos de dejarse entrever, y sin duda imaginó que Pelías había descubierto el objeto de su viaje é intentaba valerse de sus propias palabras, para perderle; no obstante, le repugnaba la falsía, y como príncipe recto y pundonoroso, resolvió hablar con la mayor veracidad. Puesto que el rey tenía á bien interrogarle y puesto que él le había prometido responder á su pregunta, no le quedaba otro remedio que decirle exactamente cuál sería el modo de proceder más prudente si tuviese á su peor enemigo en su poder.

En consecuencia, después de meditar breves momentos, habló así con voz firme y varonil:

—Mandaré á ese hombre á la conquista del Vellocino de Oro.

Habéis de saber que semejante empresa era más difícil y peligrosa que otra alguna en la tierra. En primer lugar, exigía un larguísimo viaje por mares desconocidos. Apenas cabía la esperanza ó posibilidad de que un joven se expusiese á tal aventura y volviese con el Vellocino de Oro, ó ni siquiera con vida para contar sus trabajos. Es, pues, natural que los ojos de Pelías brillasen de satisfacción al pronunciar Jasón su respuesta.

—¡Dices bien, oh sabio de la única sandalia!—exclamó.—Ve, pues, y aunque arriesgues tu vida, tráeme el Vellocino de Oro.

—Iré—contestó Jasón sin desconcertarse ;—y si no logro mi objeto, no temas que vuelva jamás á molestarte. Pero, si regreso á Yolcos con el trofeo de mi victoria, ¡ oh, rey Pelías ! te verás en la dura necesidad de bajar del trono y hacerme entrega del cetro y de la corona.

—Me obligo á ello—dijo el rey en tono sarcástico.—Entretanto, te los guardaré con el mayor cuidado.

La primera cosa que hizo Jasón al alejarse de la presencia del rey fué encaminarse hacia Dodona, para consultar á la encina parlante sobre lo que debía hacer. Este árbol maravilloso se hallaba en el centro de un bosque antiquísimo. Su majestuoso tronco se elevaba á unos cien pies del suelo y su copa daba sombra á más de una hanegada de tierra. Bajo su inmensa bóveda Jasón alzó la cabeza para contemplar las verdes hojas y las nudosas ramas y el corazón mismo del árbol misterioso, y habló en alta voz, como si dirigiese la palabra á una persona oculta en el espeso follaje.

—¿ Qué debo hacer para apoderarme del Vellocino de Oro ? —preguntó.

Siguió á sus palabras un profundo silencio, no solamente bajo la copa de la encina parlante, sino también en toda la extensión de la desierta selva. Mas, al cabo de algunos momentos, las hojas del árbol principiaron á moverse y á murmurar, como si una ligera brisa las despertase, no obstante permanecer las hojas de los demás árboles completamente inmóviles. El rumor fué creciendo, hasta convertirse en las voces de un fuerte viento, y Jasón imaginó que distinguía algunas palabras, aunque de un modo muy confuso, porque cada una de las hojas del árbol parecía convertida en una lengua, y aquella infinidad de lenguas hablaban á la vez. Pero, la agitación fué en aumento de tal suerte, que no parecía sino que un huracán azotaba la encina, produciéndose un gran clamor con la reunión de miles y miles de sonidos producidos por las hojas que hablaban y se estremecían. Mas entonces, aquel clamor parecía á la vez el mugir del viento entre las ramas y una voz de bajo profundo que pronunciaba con la mayor claridad que pudiera esperarse de un árbol, las siguientes palabras :

—Ve á ver á Argos, el constructor de naves, y mándale construir una galera de cincuenta remos.

Luego, la voz se fué confundiendo entre los murmullos de

las hojas agitadas, y murió gradualmente. Cuando no se percibía ya, Jasón casi dudaba de haber oído en realidad aquellas palabras, y temía que fuesen obra de su imaginación, que las había formado con el ruido ordinario que hace el viento al deslizarse por el follaje de un árbol.

Mas, al regresar á Yolcos y preguntar por Argos, se encontró con que en aquella ciudad vivía un individuo así llamado, peritísimo en la construcción de naves. Esto le probó que la encina había pronunciado claramente su nombre, porque, de lo contrario, ¿cómo hubiera él descubierto la existencia de tal personaje? Argos accedió gustoso á los ruegos de Jasón y convidó con él en construir una galera tan grande que necesitase cincuenta robustos remeros, aun cuando no se hubiese visto en el mundo hasta aquella fecha una nave de semejante peso y capacidad. Sin perder tiempo, el carpintero en jefe y todos sus obreros y aprendices pusieron manos á la obra, y trabajando día y noche con la mayor diligencia, cortando y puliendo la maderas y golpeando con sus martillos de un modo ensordecedor, lograron, al cabo, terminar la nave que fué llamada «Argos», dejándola en estado de ser botada al agua. Y como la encina parlante le había dado ya por vez primera un buen consejo, Jasón creyó que no estaría demás pedirla nuevas instrucciones. Fué, pues, á visitarla de nuevo, y acercándose á su tronco corpulento y rugoso, preguntó qué más debía hacer.

Esta vez no se produjo aquella agitación general en todo el follaje; mas, al cabo de un rato, observó Jasón que las hojas de una enorme rama, que extendía los brazos por encima de su cabeza, se movían, como si el viento las acariciase, sin turbar el reposo de las hojas de las otras ramas.

—Córtame—dijo la rama, en cuanto pudo hablar de un modo inteligible.—Córtame y haz de mí una escultura que adorne le proa de tu galera.

Jasón no se hizo decir dos veces estas palabras y, de conformidad con ellas, desgajó la rama del árbol. Un escultor vecino suyo se encargó de trabajarla; era un excelente artesano y había ya esculpido otras figuras de forma femenina, parecidas á las que vemos hoy en día en las proas de nuestras embarcaciones, con sus ojos enormes y abiertos, que no pestañean con el embate de las olas. Pero ocurrió un caso extraño: parecióle al escultor que un poder invisible guiaba su mano y su cincel y

que un arte muy superior al suyo daba forma á una figura que no hubiera siquiera soñado. Cuando la obra quedó concluída, resultó ser la imagen de una bellísima mujer. Cubría su cabeza un casco, por debajo del cual salían largos rizos que se esparcían por sus espaldas; en el brazo izquierdo llevaba un escudo, en cuyo centro estaba grabada, al parecer con vida, la cabeza de Medusa con su cabellera de serpientes; extendía el brazo derecho como si señalase hacia delante. El rostro de la maravillosa estatua, aunque no pareciese enojado ni altanero, era, no obstante, tan grave y majestuoso, que quizá lo hubierais calificado de severo; en cuanto á su boca, parecía dispuesta á entreabrirse y pronunciar palabras de la más profunda sabiduría.

Jasón estaba entusiasmado con la escultura de madera, y no dejó en paz al escultor hasta que la tuvo completamente lista y colocada en el lugar en que, desde entonces hasta la fecha, imágenes análogas han servido de adorno; esto es, en la proa de la embarcación.

—Ahora—exclamó, contemplando el rostro augusto y sereno de la escultura,—fuerza será que vaya á consultar por tercera vez á la encina parlante.

—Ello no es necesario, Jasón—dijo una voz menos fuerte pero semejante al tono poderoso de la gran encina.—Cuando necesites un buen consejo, pídemelo.

Jasón no había apartado los ojos de la cara de la imagen mientras escuchaba estas palabras; mas, apenas podía creer lo que acababa de ver y oír. No obstante, era cosa cierta que los labios de madera se habían movido y, según toda apariencia, la voz había salido de la boca de la estatua. Pasado el primer momento de sorpresa, Jasón recordó que la imagen había sido tallada en la madera de la encina parlante y que, por consiguiente, no maravilla, sino cosa muy natural era que poseyese el don de la palabra. Lo contrario habría sido sumamente extraño. Ciertamente, Jasón era el hombre más afortunado del mundo, pudiendo llevar consigo el sabio tronco de madera durante el arriesgado viaje que iba á emprender.

—Dime, imagen maravillosa—exclamó Jasón,—puesto que has heredado la sabiduría de la encina parlante de Dodona, tu madre: dime dónde podré hallar cincuenta jóvenes valerosos que quieran encargarse de los remos de mi galera, que son otros

tantos. Han de ser muchachos de brazo robusto y corazón sin miedo ante el peligro ; de no ser así, jamás conquistaremos el Vellocino de Oro.

—Ve—contestó la estatua,—ve y reúne á todos los héroes de Grecia.

Verdaderamente, considerando la gran hazaña que se había de llevar á cabo, Jasón no podía recibir un consejo más sensato que el que le fué dado por la figura de la proa de su galera. Sin pérdida de tiempo, envió mensajeros á todas las ciudades y participó á la Grecia toda que el príncipe Jasón, hijo del rey Esón, iba á partir en busca del Vellocino de Oro y deseaba el auxilio de cuarenta y nueve de los más robustos y aguerridos jóvenes del mundo, para remar en su nave y compartir con él los riesgos de la expedición ; Jasón en persona había de completar el número cincuenta.

Al oír semejantes noticias, los mancebos más arrojados del país se pusieron en movimiento. Algunos de ellos habían ya combatido contra los gigantes y dado muerte á fieros dragones ; pero los más jóvenes no habían sido tan afortunados y consideraban un desdoro vivir tantos años sin haber luchado con alguna serpiente voladora, ó haber traspasado una quimera con la lanza, ó, cuando menos, haber estrangulado con las dos manos algún monstruoso león. Esperaban, pues, con ansia topar con toda clase de aventuras antes de descubrir el Vellocino de Oro. Con tal disposición de ánimo, en cuanto hubieron limpiado y bruñido sus cascos y escudos, ciñeron sus tajantes espadas y acudieron á Yolcos, donde se embarcaron en la flamante galera. Dando á Jasón un fuerte apretón de manos, le aseguraron todos que sus vidas no les importaba un ardite y que estaban dispuestos á remar hasta los últimos confines de la tierra, si así lo juzgaba conveniente.

Muchos de aquellos valientes donceles habían sido educados por Quirón, el pedagogo cuadrúpedo, siendo, por consiguiente, antiguos condiscípulos de Jasón, á quien tenían por un joven de talento. Estaba entre ellos el poderoso Hércules, cuyas espaldas sostuvieron más tarde los cielos ; también formaban parte de la expedición los gemelos Cástor y Pólux, de los cuales nadie pudo decir jamás que fuesen unos gallinas, á pesar de que habían sido empollados en un huevo ; y también Teseo, famoso por haber dado muerte al Minotauro ; y Linceo, dotado

de su vista maravillosa, que lo mismo miraba á través de una rueda de molino, como contemplaba las entrañas de la tierra para descubrir los tesoros en ella escondidos; y también Orfeo, el mejor de los arpistas, que cantaba con tal suavidad, acompañándose de la lira, que las fieras se enderezaban sobre sus patas traseras y escuchaban su música con alegres ademanes. Más aún: cuando sus tonadas eran más animadas, las mismas rocas se deshacían de los lazos de musgo que las encadenaban, y los árboles de la selva se arrancaban á sí mismos de cuajo, y éstos y aquéllas, chocando entre sí, bailaban danzas campestres.

Otro de los remeros era una hermosa joven llamada Atalanta, que había sido criada en las montañas por una osa. La agraciada doncella tenía tal ligereza en los pies, que podía saltar de la espumosa cresta de una ola á la de otra, sin mojarse más que las suelas de sus sandalias. Había sido educada muy indómita y hablaba con frecuencia de los derechos de la mujer, mostrándose mucho más enamorada de la caza y de la guerra que de la aguja de coser. Pero, según mi modo de ver, los individuos más notables de la famosa compañía eran los dos hijos del Viento Norte, jóvenes sutiles, de carácter algo fanfarrón; tenían alas en la espalda, y en días de calma podían hinchar los carrillos y soplar una brisa casi tan fresca como la enviada por su padre. No debo pasar por alto los profetas y augures que formaban parte de la tripulación, los cuales podían predecir los acontecimientos del día siguiente, ó de los sucesivos, ó de cien años después, pero casi siempre ignoraban, del modo más absoluto, lo presente.

Jasón nombró timonel á Tifis, por ser éste conocedor de las estrellas y de los caminos del mar, y puso á Linceo de guardia en la proa de la galera, porque podía ver á una jornada de distancia, aunque raras veces se daba cuenta de lo que tenía á dos palmos de sus narices. Por profundo que fuese el mar, Linceo podía decir exactamente qué clase de rocas ó de arena cubrían su fondo; muchas veces, en lo sucesivo, advirtió á sus compañeros que estaban navegando por encima de tesoros naufragados; mas nadie se enriquecía con la noticia; á decir verdad, eran muy pocos los que daban crédito á sus afirmaciones.

Todo iba á pedir de boca; mas, cuando los cincuenta aventureros lo tenían todo preparado para el viaje, surgió una dificultad imprevista, que por poco lo hace imposible. Habéis de

saber que la nave era tan larga, ancha y pesada, que los esfuerzos aunados de los cincuenta fueron inútiles para botarla al agua. Es de suponer que Hércules no había desarrollado todavía su fuerza prodigiosa; porque, de poseerla, hubiera, sin duda, puesto la nave en el mar como un niño su barquito en un estanque. Por más que los cincuenta héroes golpeaban y empujaban, poniéndose muy colorados, no podían mover la embarcación una sola pulgada. Por fin, rindióles el cansancio y se sentaron en la playa, desconsolados en alto grado y convencidos de que habían de dejar allí la galera hasta que se carcomiese y cayese á pedazos, no teniendo más remedio que lanzarse á nado á la conquista del Vellocino de Oro ó renunciar á él.

De pronto, Jasón pensó en la escultura milagrosa.

—¡Oh, hija de la encina parlante!—exclamó,—¿cómo nos las hemos de componer para botar nuestra nave?

—Sentaos en los bancos—contestó la imagen, que sabía desde un principio lo que debía hacerse, pero había aguardado que se solicitase su consejo;—sentaos en los bancos y empuñad los remos, mientras Orfeo toca el arpa.

Acto seguido, los cincuenta héroes subieron á bordo, y cogiendo los remos, los sostuvieron perpendicularmente en el aire; entretanto, Orfeo pulsó el arpa, gustándole mucho más esta ocupación que la de remero. A la primera nota que produjo el instrumento, sintieron todos que la embarcación se estremecía. La música de Orfeo era muy alegre y la galera se deslizó al momento hasta el mar, hundiendo de tal manera la proa en las aguas, que la escultura parlante bebió el agua salada con sus labios maravillosos y volvió á salir tan fresca como un cisne. Los jóvenes bajaron sus cincuenta remos, la blanca espuma bullía delante de la proa, las aguas se despertaron y abrieron paso, y Orfeo siguió tocando con tal animación que el barco parecía bailar á compás por encima de las olas. De este modo salió del puerto triunfalmente la nave *Argos*, en medio de las aclamaciones y buenos deseos de todos, exceptuando el malvado Pelías, que la contemplaba desde un promontorio, maldiciéndola y deseando poder soplar sobre ella con toda la fuerza de sus pulmones la tempestad de odio que anidaba en su corazón, logrando así que se fuese á pique con cuantos la tripulaban. Cuando la galera hubo navegado más de cincuenta millas mar adentro, Linceo miró hacia atrás por casualidad y dijo que el per-

verso monarca estaba todavía encaramado en su promontorio con tan siniestro aspecto, que parecía una nube de tormenta levantándose en aquel lado del horizonte.

Para distraerse durante el viaje, los héroes hablaban del Vellocino de Oro. Según decían, había pertenecido en un principio á un carnero de la Beocia, que había llevado sobre su lomo á dos niños cuya vida corría grave riesgo, huyendo con ellos por tierra y por mar hasta llegar á Colcos. Uno de los niños, llamado Helle, cayó al mar y se ahogó; mas el otro, cuyo nombre era Frixo, fué conducido sano y salvo hasta la playa por el fiel carnero, que llegó tan rendido que, al punto, cayó al suelo y murió. En memoria de su buena acción y como testimonio de su fidelidad, el vellón del pobre animal fué convertido milagrosamente en oro y vino á ser uno de los objetos más hermosos que puedan verse en la tierra. Se colgó en un árbol de un bosque sagrado, donde se conservaba todavía después de no sé cuántos años, siendo la envidia de reyes poderosos, que no tenían en sus palacios nada que se le pudiese comparar en magnificencia.

Si hubiese de contaros una por una las aventuras de los argonautas, llegaríamos á la noche y quizá no hubiéramos acabado aún. Los acontecimientos prodigiosos menudearon, como podréis colegir por lo que va ya relatado. En cierta isla fueron recibidos hospitalariamente por su soberano, el rey Cizico, que los colmó de agasajos y los trató como hermanos. Mas, los argonautas observaron que el buen rey parecía abatido y preocupado en alto grado, y, en su consecuencia, le preguntaron qué tenía. A lo cual el rey Cizico les participó que tanto él como sus súbditos se veían sumamente incomodados y perjudicados por los habitantes de una montaña vecina que, habiéndoles declarado la guerra, saqueaban el país y mataban á sus moradores. El rey acompañó sus palabras con un gesto, señalando á la montaña, y preguntó á Jasón y á sus compañeros qué era lo que veían.

—Veõ unas cosas muy altas—respondió Jasón;—pero están á tal distancia, que no las distingo bien. A decir verdad, parecen tan extrañas, que me inclino á creer que son nubes que, por casualidad, han tomado forma como de hombres.

—Veo perfectamente lo que dices—observó Linceo, cuyos ojos, como ya sabéis, eran semejantes á un telescopio.—Aquello no es otra cosa que un ejército de gigantes descomunales,

cada uno de los cuales tiene seis brazos y una porra, una espada ó alguna otra arma en cada una de sus manos.

—Tienes muy buena vista—dijo el rey Cizico.—Sí, son gigantes de seis brazos; éstos son los enemigos que he de combatir con la ayuda de mis vasallos.

Al día siguiente, cuando los argonautas iban á hacerse á la vela, los terribles gigantes bajaron de la montaña, recorriendo más de cien codos á cada zancada, alzando sus seis brazos amenazadores y pareciendo formidables con su elevada estatura. Cada uno de aquellos monstruos podía sostener él solo una guerra, porque con uno de sus brazos lanzaba enormes piedras, con otro manejaba la porra, con un tercero la espada, con el cuarto una lanza larguísima y, en fin, con el quinto y el sexto disparaba flechas valiéndose del arco. Mas, por fortuna, aunque los gigantes eran tan grandes y de tantos brazos, no tenían, en cambio, más que corazón y éste no era ni mayor ni más valeroso que el de un hombre vulgar. Además, aunque cada uno de ellos hubiese sido otro Briareo de cien brazos, los denodados Argonautas no hubieran titubeado en combatir contra ellos encarnizadamente. Jasón y sus amigos salieron, pues, á su encuentro, mataron un gran número de ellos y obligaron á los demás á poner pies en polvorosa, con tal precipitación que hubieran preferido tener seis piernas en lugar de seis brazos.

Acaeció otra extraña aventura cuando los expedicionarios llegaron á Tracia, donde hallaron á un pobre rey ciego, llamado Fineo, que había sido abandonado por sus súbditos y vivía solitario en la mayor estrechez. Preguntándole Jasón si él y sus compañeros le podían ser útiles, le respondió que se veía muy atormentado por tres criaturas de anchas alas, llamadas Arpías, que tenían cabeza de mujer, y alas, cuerpo y garras de buitre. Estos monstruos repugnantes le arrebatában la comida y no le dejaban una hora de sosiego. Los argonautas, al oír esto, prepararon un espléndido festín en la playa, deduciendo, por lo que de su rapacidad había dicho el rey, que las Arpías acudirían allá en cuanto oliesen los manjares, para apoderarse de ellos. Así sucedió; cuando estuvo todo dispuesto, los tres buitres con cara de mujer de repulsivo aspecto, acudieron aleteando furiosamente, cogieron la comida con las uñas y huyeron con la mayor velocidad. Mas, los dos hijos del Viento Norte desenvainaron sus espadas, desplegaron sus alas y volaron en perse-

cución de las ladronas, á las cuales dieron alcance en unas islas, á centenares de millas de distancia. Los dos jóvenes alados, que habían heredado algo de la rudeza de su padre, regañaron á las Arpías con tal serenidad y las espantaron tanto con las desnudas espadas, que los monstruos prometieron formalmente no molestar más al rey Fineo.

Los argonautas prosiguieron su navegación, acaeciéndoles muchas otras aventuras maravillosas, cada uno de las cuales sería todo un cuento. Una vez, desembarcaron en una isla y, mientras estaban descansando sobre el verde césped, se vieron de pronto envueltos por una lluvia de flechas con puntas de acero. Algunas de ellas se clavaban en el suelo, otras chocaban contra los escudos y muchas se hundían en sus carnes. Los cincuenta héroes se pusieron en pie y miraron en torno suyo, buscando al enemigo oculto; mas, no pudieron hallarle ni, recorriendo la isla, descubrieron un solo lugar donde pudiera esconderse un solo arquero. No obstante, como las aceradas flechas siguiesen cayendo de lo alto, levantaron la cabeza y vieron una gran bandada de pájaros que se cernían á gran altura sobre sus cabezas y disparaban sus plumas contra ellos. Las flechas con puntas de acero, que tanto daño les causaban, no eran, pues, otra cosa que las plumas de aquellos animales. Siendo la defensa imposible, los argonautas hubieran perecido antes de llegar á ver el Vellocino de Oro, perseguidos por el escuadrón de pájaros que se ensañaban contra ellos, si á Jasón no se le hubiese ocurrido consultar á la imagen de madera, corriendo hacia la nave con toda la rapidez que le permitieron sus piernas.

—¡ Oh, hija de la encina parlante!—exclamó, sin cobrar aliento;—ahora más que nunca necesitamos de tu sabiduría. Estamos á la merced de un bandada de pájaros que nos disparan sus plumas con punta de acero. ¿Cómo podemos rechazar su ataque?

—Golpead en vuestros escudos—respondió la estatua.

Jasón corrió á reunirse con sus compañeros para poner en práctica tan buen consejo y los halló mucho más desalentados que cuando hubieron de pelear con los gigantes de seis brazos. Díjoles que golpeasen con sus espadas en los escudos de bronce, lo cual hicieron al punto los cincuenta héroes súbitamente reanimados; tal era el estrépito que armaban, que los pájaros

huyeron apresuradamente, y aun cuando habían ya disparado contra ellos más de la mitad de sus plumas, no obstante, se perdieron de vista á gran distancia entre las nubes, como una bandada de patos silvestres. Orfeo celebró esta victoria tocando en su arpa un himno triunfal y cantando tan melodiosamente, que Jasón hubo de hacerle callar, temiendo que, así como el furioso golpear de los guerreros había ahuyentado las aves, aquella música dulcísima les atrajese de nuevo.

Durante la permanencia de los argonautas en aquella isla, vieron un día un pequeño bajel que se acercaba á la playa. Navegaban en él dos mancebos de noble figura y de belleza suma, propia de los príncipes de aquellos tiempos. Como no adivináis quiénes eran aquellos dos mancebos, os lo diré, rogándoos que deis crédito á mis palabras. Eran los hijos de Frixo, aquél que, en su infancia, había sido llevado á Colcos por el carnero del vellón de oro. Frixo se había casado con la hija del rey y había tenido dos hijos, que fueron educados en Colcos, siendo teatro de sus juegos la linde misma del bosque en el centro del cual se hallaba el Vellocino de Oro. Los dos príncipes se dirigían á Grecia, pretendiendo recobrar el reino que había sido arrebatado á su padre injustamente.

Cuando los hijos de Frixo conocieron el objeto de la expedición de los argonautas, se brindaron á volver atrás y guiarlos hasta Colcos. Pero, al propio tiempo, dudaban que Jasón lograra apoderarse del Vellocino de Oro. Según decían, el árbol del cual colgaba, estaba custodiado por un espantoso dragón, que devoraba de un solo bocado al imprudente que se atrevía á acercársele.

—Además, es preciso vencer otros obstáculos ; pero éste basta—añadían los príncipes.—Valeroso Jasón : retrocede á tiempo, que sentiríamos en el alma que á ti y á tus cuarenta y nueve compañeros os comiese en cincuenta bocados el maldito dragón.

—Amigos míos—les respondió Jasón con calma :—no me sorprende que os parezca tan terrible el dragón. Desde vuestra infancia se os ha inculcado el temor á ese monstruo y, por consiguiente, os da el mismo miedo que los duendes y fantasmas á los niños que creen á ojos cerrados lo que les cuentan sus nodrizas. Pero, ó ando muy equivocado, ó el dragón no es más que una serpiente de regular tamaño que, lejos de comerme á mí de

un bocado, será por mí vencida, rodando por el suelo su cabeza y sirviéndome su piel de trofeo. De todos modos, el que no quiera seguirme que se vuelva á su casa, que yo no pisaré el suelo de Grecia hasta que sea dueño del Vellocino de Oro.

—¡ Todos te seguiremos!—gritaron á una sus valientes camaradas.—Embarquémonos sin pérdida de tiempo, y si el dragón nos almuerza á todos, hágale buen provecho.

Orfeo, que tenía la especialidad de poner en música todos los acontecimientos, preludió en el arpa y cantó con tal entusiasmo, que cada hijo de su madre llegó á imaginar que no había en el mundo cosa más agradable que luchar con dragones ni suerte más honrosa que la de ser comido de un bocado, si no se podía cantar victoria.

Después de lo referido, los Argonautas, guiados por los dos príncipes, que sabían perfectamente por qué mares navegaban, no tardaron en desembarcar en Colcos. Cuando el rey de aquel país, llamado Aetes, tuvo noticia de su llegada, llamó en seguida á Jasón. El rey era un hombre severo y cruel, y por más que quiso disimular fingiendo cortesía y hospitalidad, le halló Jasón tan poco simpático como el malvado rey Pelías que había destronado á su padre.

—Bien venido seas, valiente Jasón—dijo el rey Aetes.—Dime: ¿estás haciendo un viaje de recreo, ó andas acaso tras el descubrimiento de islas desconocidas, ó qué otra causa me proporciona el gusto de verte en mi corte?

—Soberano señor—contestó Jasón, haciendo una reverencia; porque es de advertir que Quirón le había enseñado á usar de buenos modales, tanto si hablaba con pobres como si lo hacía con potentados.—Soberano señor, he venido aquí con un fin, para alcanzar el cual pido licencia á Tu Majestad. El rey Pelías, que se sienta en el trono de mi padre, al cual tiene tanto derecho como á éste en que Tu Majestad se sienta, se ha comprometido á bajar de él y á hacerme entrega de su cetro y corona con la condición de que le lleve el Vellocino de Oro. Este, como sabes, está colgado de un árbol aquí, en Colcos, y yo te suplico humildemente me permitas llevármelo.

—¿No sabes—le preguntó el rey Aetes, mirándole con severidad—cuáles son las pruebas á que te has de someter antes de hacerte dueño del Vellocino de Oro?

—He oído decir—respondió Jasón,—que un dragón está de

centinela bajo el árbol del tesoro y que todo hombre que se acerca á él corre el riesgo de ser devorado de un bocado.

—Cierto—dijo el rey con una sonrisa de dudosa intención ; —cierto, amigo mío. Pero, hay otras cosas tan peligrosas, por no decir más, antes de gozar el privilegio de ser devorado por el dragón. Entre ellas, habrás de domar mis dos toros de patas y vientre de bronce, que Vulcano, el maravilloso herrero, forjó para mi solaz. Sus estómagos son hornos encendidos y por los hocicos despiden un fuego tan abrasador que, hasta el presente, cuantos se han acercado á ellos han quedado al punto hechos cenizas. ¿Qué me dices de esto, amigo Jasón?

—Arrostraré el peligro—contestó Jasón con sencillez,—puesto que me cierra el paso para lograr mis fines.

—Después de haberme domado los toros feroces—prosiguió el rey Aetes, que se proponía atemorizar á Jasón,—habrás de uncirlos á un arado, con el cual labrarás la tierra sagrada del campo de Marte, donde sembrarás luego algunos de los dientes del dragón ; de estos dientes cosechó Cadmo un ejército de bien armados guerreros. Los hijos de los dientes del dragón son una pandilla de forajidos que no se dejan gobernar por nadie ; no sé cómo te las compondrás para que no caigan sobre vosotros y no os maten á todos. Tú y tus cuarenta y nueve Argonautas no sois bastante fuertes ni numerosos para vencer el ejército que nacerá en aquel campo.

—Mi maestro Quirón—respondió el joven,—me contó tiempo ha la historia de Cadmo. Quizá pueda dominar á los turbulentos hijos de los dientes del dragón, como lo hizo Cadmo.

—¡ Ojalá se viera ya en las garras del monstruo—se dijo el rey Aetes para sus adentros,—y ojalá le cupiese igual suerte al cuadrúpedo pedante que fué su maestro ! Me cargan su temeridad y su aplomo ; ya veremos qué cara pondrá cuando se halle en compañía de los toros. Puesto que así lo quieres, príncipe Jasón—añadió en voz alta y tratando de hablar con amabilidad,—por hoy descansa, y mañana prueba tu habilidad en conducir el arado.

Durante esta plática entre el rey y Jasón, una hermosa doncella permanecía inmóvil detrás del trono, sin apartar la vista del joven extranjero y escuchando con la mayor atención cuanto se decía. Cuando Jasón salió de la sala, la doncella le siguió.

—Soy la hija del rey—le dijo,—y me llamo Medea. Poseo

muchos conocimientos que las demás princesas ignoran, y puedo hacer tales cosas, que todas se espantaran tan sólo con soñarlas. Si te quieres fiar de mí, te enseñaré lo que se debe hacer para domar los toros, sembrar los dientes del dragón y conquistar el Vellochino de Oro.

—Hermosa princesa—contestó Jasón :—si me dispensas tan gran favor, te prometo mi gratitud por todos los días de mi vida.

Miró á Medea y descubrió en su fisonomía una inteligencia maravillosa. Era una de esas personas cuyos ojos están llenos de misterio ; de modo que, al mirarlos, parecía que se contemplaba un camino sin término ó un pozo sin fondo, de aquéllos en cuyas entrañas no sabe uno lo que pueda ocultarse. Si Jasón hubiese conocido el miedo, hubiérale asustado el pensamiento de tener por enemigo á la princesa, porque, á pesar de toda su belleza, podía, en un momento dado, tornarse tan fiera como el dragón encargado de custodiar el Vellochino de Oro.

—Princesa—exclamó :—grandes deben de ser tu poder y tu sabiduría. Pero, ¿ cómo podré hacer lo que dices? ¿ Eres, acaso, una encantadora?

—Sí ; lo has adivinado, príncipe Jasón—respondió Medea sonriendo.—Soy una encantadora ; Circe, hermana de mi padre, me enseñó sus artes. Si quieres, puedo decirte quién era la vieja del pavo real, de la granada y del bastón del puño con figura de cuclillo, á la que ayudaste á atravesar el río ; también sé quién es el que habla por boca de la escultura de madera de encina que adorna la proa de tu galera. Ya ves que conozco algunos secretos. Más te vale hallarme bien dispuesta en tu favor ; que de otro modo, difícilmente te escaparías de las fauces del dragón.

—No me preocuparía mucho ese animal—replicó Jasón,—si supiese salir del paso al tratar con los toros de cascos de bronce y aliento de fuego.

—Si eres tan valiente como imagino y como es menester que lo seas—dijo Medea,—tu propio corazón te enseñará que no hay más que un medio para tratar con un toro indómito ; advínalo cuando llegue el momento del peligro. En cuanto al aliento abrasador de esos animales, tengo aquí un unguento mágico que te preservará de quemarte y te sanará al momento si, por descuido, te chamuscas la piel.

La princesa le dió una cajita de oro, explicándole el uso que había de hacer del perfumado unguento que contenía y dándole cita para la media noche.

—Sé esforzado—añadió,—y antes de amanecer habrás domado los dos toros.

El joven la aseguró que no le faltaría valor, y se fué á encontrar á sus compañeros, contándoles cuanto había mediado entre él y la princesa y rogándoles estuviesen alerta por si se daba el caso de necesitar su auxilio.

A la hora fijada halló á la hermosa princesa en la escalinata del palacio del rey. Medea le dió un cesto, en el cual estaban los dientes del dragón que le fueron arrancados años atrás por Cadmo, y bajando los escalones de mármol, le condujo por las calles desiertas de la ciudad hasta las tierras reales donde se hallaban los toros de bronce. La noche era estrellada y, hacia el Oriente, el cielo clareaba anunciando la próxima aparición de la luna. Llegados á las regias posesiones, Medea se detuvo y miró en torno suyo.

—Aquí están—dijo,—descansando y rumiando en el ángulo más lejano de este campo. Te aseguro que será muy divertido verles, cuando se den cuenta de tu presencia. Nada entretiene tanto á mi padre y á la corte como ver á un extranjero tratando en vano de domarlos, con el fin de conquistar el Vellocino de Oro. Cuando esto sucede, todo Colcos está de fiesta. Por mi parte, disfruto como el que más. No puedes imaginar cómo, en un abrir y cerrar de ojos, su aliento quema al atrevido y le reduce á ceniza.

—Hermosa princesa—preguntó Jasón :—¿tienes la seguridad absoluta de que el bálsamo de la caja de oro es un remedio eficaz contra tan tremendas quemaduras?

—Si dudas, si sientes el más ligero temor—dijo ella, mirándole fijamente á la luz de las estrellas,—más valiera que no hubieses nacido, antes que dar un paso más.

Pero Jasón estaba resuelto á todo, mientras pudiese ser dueño del Vellocino de Oro, y tengo la persuasión de que no hubiera renunciado á él, aun cuando le hubiesen asegurado que iba á quedar al instante calcinado, si daba un paso más. Por consiguiente, soltó la mano de Medea y audazmente marchó en la dirección que la princesa le había señalado. A alguna distancia vió cuatro columnas de encendido vapor que aparecían

y desaparecían con regularidad, brillando con intermitencia en medio de las tinieblas. Este fenómeno, como comprenderéis, era causado por la respiración de los toros, que echaban el vapor inflamado por las ventanas del hocico mientras rumiaban tranquilamente.

Apenas había dado Jasón dos ó tres pasos, cuando las cuatro columnas luminosas parecieron brotar con mayor abundancia: los toros habían oído sus pisadas, y levantaban sus ardientes narices, olfateando el aire. Jasón siguió adelante en dirección al vapor rojizo, y, por los movimientos de éste, adivinó que las fieras se habían levantado. Acercándose más, vió á los dos toros echar chispas y llamaradas; entonces despertaron los dormidos ecos con horrisonos rugidos, mientras que su aliento de fuego parecía abrasar todo el campo. Dió un paso más, y, de pronto, pusiéronse en movimiento las dos fieras, mugiendo como el trueno y despidiendo relámpagos que iluminaban la escena de tal modo, que el joven veía claramente cuanto le rodeaba, mejor aún que si fuese de día. Mas, su vista quedó fija en las horribles bestias que avanzaban galopando, haciendo temblar la tierra con sus cascos de bronce y azotando el aire con sus colas en alto, como tienen por costumbre los toros bravos. Su aliento agostaba la hierba; más aun: era tan abrasador que, llegando hasta el árbol muerto bajo el cual se había detenido Jasón, lo incendió como una inmensa tea. En cuanto á nuestro héroe, gracias al bálsamo encantado de Medea, la brillante llama acarició su cuerpo sin causarle el más leve daño, como si fuese de amianto.

Animado al verse incombustible, el joven esperó el ataque de los toros. En cuanto éstos bajaron el testuz, creyendo lanzarle al aire de una cornada, metiéndose entre los dos, cogió al uno por un cuerno y al otro por la cola con mano de hierro. La verdad es que sus brazos debían de estar dotados de una fuerza maravillosa. Pero los toros de bronce eran seres encantados, y Jasón, con su atrevida hazaña, había descubierto su parte vulnerable, rompiendo así el hechizo. Por esto, desde entonces, los hombres de pelo en pecho, cuando están en peligro, cogen, como se dice vulgarmente, al toro por las astas; en cuanto á cogerle por la cola, viene á ser lo mismo, pero tanto una cosa como otra significa que, para arrostrar el peligro, es preciso dejarse de miedos y despreciarle.

Una vez vencidos, era ya cosa fácil poner el yugo á los toros y uncirlos al arado, que estaba por allá abandonado y cubierto de moho desde una infinidad de años atrás; tanto tiempo hacía que nadie había sido capaz de arar aquel campo. Es de suponer que Jasón sabía abrir un surco en línea recta, y quizá esta habilidad le fué enseñada por el bueno de Quirón, unciéndose él mismo al arado. Sea como quiera, nuestro héroe aró muy bien aquella tierra, y cuando la luna había recorrido una cuarta parte de su camino en el firmamento, el campo labrado era una gran extensión de tierra negra, dispuesta á ser sembrada de dientes de dragón. Jasón los esparció en todas direcciones y los cubrió de tierra con el rastrillo, yendo luego á sentarse á un lado del campo, deseoso de ver lo que iba á ocurrir.

—¿Se hará esperar mucho el tiempo de la cosecha?—preguntó á Medea, que se había puesto á su lado.

—Ya llegará, tarde ó temprano—respondió la princesa.—Siempre que se han sembrado dientes del dragón, no ha dejado de germinar un ejército de guerreros.

La luna estaba ya muy alta y sus rayos caían perpendicularmente sobre el lugar de la siembra, en el cual no se veía más que la tierra removida. Cualquier campesino hubiera dicho á Jasón que iba á verse obligado á esperar semanas enteras, si no quería moverse de allí hasta que el campo verdease, y largos meses antes de que la dorada mies estuviese madura y presta para la guadaña. Mas, gradualmente, fuése cubriendo el campo de algo que relucía á la luz de la luna como gotas de rocío; al poco rato, los puntos brillantes crecieron, apareciendo como puntas de lanzas. Más tarde rompieron la tierra innumerables cascos de bruñido metal, debajo de los cuales fueron saliendo las caras hoscas y barbudas de otros tantos guerreros, impacientes por huir de la cárcel que les condenaba á la inacción. Su primera mirada al mundo fué de ira y de desconfianza. Poco á poco se fueron viendo las resplandecientes corazas; la mano derecha empuñaba la espada ó la lanza; al brazo izquierdo iba ligado el escudo. Cuando el singular ejército de guerreros no había acabado todavía de salir de la tierra, todos á una, impacientes y coléricos, hicieron un violento esfuerzo y se arrancaron de sus propias raíces. Donde había caído un diente de dragón, allí mismo había surgido un guerrero armado para el combate. Aquellos hombres, con las espadas hicieron re-

sonar los escudos y se miraron con odio unos á otros, porque habían venido al mundo en una apacible noche de luna, lleno su pecho de pasiones turbulentas y dispuestos á arrancar la vida de un hermano para gozar mejor del beneficio de la propia existencia.

Ha visto este mundo otros muchos ejércitos que han parecido dotados de la misma fuerza que el nacido de los dientes del dragón ; mas, los guerreros nacidos á la luz de la luna eran más excusables porque no habían tenido á una mujer por madre. ¡ Cuál no hubiera sido la alegría de los grandes capitanes que soñaron en conquistar el mundo, como Alejandro ó Napoleón, si hubiesen podido formar tan fácilmente como Jasón un ejército formidable !

Los guerreros estuvieron un rato esgrimiendo sus armas, golpeando con ellas los escudos, ávidos de sangre y de combate, hasta que principiaron á gritar :—¿ Dónde está el enemigo ? ¡ Adelante ! ¡ Muerte ó victoria ! ¡ Animo, compañeros ! ¡ Vencer ó morir !—y otras mil exclamaciones, con las cuales los soldados se animan entre sí en el campo de batalla, y que los guerreros recién nacidos parecían tener en la punta de la lengua. Por fin, los que formaban la primera línea descubrieron á Jasón, el cual, al ver relucir tantas armas, había desenvainado la espada. Al momento los hijos de los dientes del dragón consideraron á Jasón como enemigo y gritaron unánimemente :—¡ Defendamos el Vellocino de Oro !—echando á andar con las espadas levantadas y las lanzas en ristre. Jasón comprendió que era imposible luchar solo contra aquel batallón sanguinario ; pero, no sabiendo cómo salir del paso, resolvió morir con tanto valor como si él también hubiese nacido de un diente de dragón.

Sin embargo, Medea le mandó coger una piedra del suelo.

—¡ Echala en medio de sus filas !—le dijo.—Esta es tu única esperanza de salvación.

Los guerreros estaban ya tan cerca, que Jasón podía distinguir el fuego de sus ojos airados ; arrojó la piedra, que fué á dar en el casco de un guerrero muy alto, que se abalanzaba hacia él con la espada desnuda. Del casco de éste la piedra rebotó en el escudo de su vecino y de allí saltó á la cara feroz de un tercero, hiriéndole entre los dos ojos. Cada uno de los tres heridos por la piedra creyó que su compañero le había dado un

golpe, y en vez de atacar á Jasón, los tres principiaron á luchar entre sí. Pronto reinó en aquella hueste la mayor confusión y vinieron unos y otros á las manos, aporreando, alanceando y acuchillando, quién cortando un brazo, quién una pierna, quién una cabeza; en fin, llevando todos á cabo tan notables hazañas, que Jasón estaba maravillado en grado sumo, no pudiendo, al propio tiempo, reprimir la risa al contemplar á aquellos vigorosos hombres castigándose mutuamente por una ofensa de la que él solo era responsable. En un breve espacio de tiempo, casi el mismo que habían necesitado para desarrollarse, todos los hijos de los dientes del dragón, menos uno, fueron cayendo en el campo de batalla. El último sobreviviente, el más valeroso y robusto de todos, tuvo todavía fuerza suficiente para levantar sobre su cabeza la espada ensangrentada y dar un grito de triunfo:—¡Victoria! ¡Victoria! ¡Fama inmortal!—y cayó sin vida al lado de sus hermanos muertos.

Así acabó el ejército nacido de los dientes del dragón. Una lucha encarnizada fué el único goce de aquellos guerreros durante su breve existencia.

—Déjales dormir en su lecho de honor—dijo la princesa á Jasón, con astuta sonrisa.—Siempre habrá necios como éstos en el mundo, luchando y muriendo sin saber por qué, é imaginando que la posteridad coronará de laurel sus yelmos roñosos y abollados. Príncipe Jasón: ¿no te ha causado risa la fanfarronada del último, antes de morir?

—Me dió tristeza—contestó Jasón con gravedad.—A decir verdad, princesa, después de todo lo que he visto, el Vellocino de Oro no me parece tan digno de ser conquistado.

—Mañana opinarás de muy diferente modo—dijo Medea.—Quizás el Vellocino de Oro no tenga el valor que habías imaginado; pero no hay en el mundo cosa mejor, y, además, todo hombre se ha de proponer un fin. Ven: habiendo terminado satisfactoriamente el trabajo de esta noche, mañana podrás participar al rey Aetes que has cumplido la primera parte de tu misión.

Siguiendo los consejos de Medea, á la mañana siguiente se fué Jasón muy temprano al palacio del rey. Entrando en la sala de audiencia, se acercó al pie del trono é hizo una reverencia muy profunda.

—Tienes ojos de sueño, príncipe Jasón—le dijo el monar-

ca ;—se conoce que no has dormido en toda la noche. Supongo que habrás tomado una resolución más cuerda, no queriendo ya morir abrasado en el vano y temerario intento de domar mis toros de bronce.

—Eso es ya cosa hecha, con permiso de Tu Majestad—replicó Jasón.—Los toros están domados y sometidos al yugo ; el campo ha sido labrado y he sembrado en él los dientes del dragón ; de ellos ha nacido un ejército de guerreros, que se han dado muerte los unos á los otros. Ahora, pues, solicito tu autorización para salir en busca del dragón, apoderarme del Vellocino de Oro y regresar á mi país con mis cuarenta y nueve compañeros.

El rey Aetes refunfuñó y se mostró muy enojado y preocupado ; sabía que, de conformidad con su real promesa, había de permitir á Jasón la conquista del Vellocino, si su valor y habilidad no le abandonaban. Pero era de temer que el joven que había sido tan afortunado en la aventura de los toros y de los dientes del dragón, tendría igual suerte al atacar al mismo dragón. Por consiguiente, aunque hubiera querido que Jasón pereciese en las fauces del monstruo, estaba resuelto á no exponerse á perder el codiciado tesoro, revelándose en este propósito toda su maldad.

—No te hubieras salido con la tuya—le dijo,—si mi hija Medea, faltando á sus deberes, no te hubiese ayudado con sus hechizos. De obrar con lealtad, á estas horas no serías más que un montón de cenizas. Te prohibo, bajo pena de muerte, que des un paso más para llegar al Vellocino de Oro. Hablándote con la mayor franqueza, debo decirte que nunca pondrás en él los ojos.

Jasón se alejó de la presencia del rey muy afligido y enfadado. No se le ocurría otra cosa que reunir á sus cuarenta y nueve valientes argonautas, encaminarse sin dilación al bosque de Marte, matar al dragón, apoderarse del Vellocino de Oro, embarcarse en el *Argos* y regresar á Yolcos. El éxito de su empresa dependía de que el dragón se comiese ó no á los cincuenta héroes en otros tantos bocados. Mas, al bajar Jasón precipitadamente las escaleras del palacio, llamóle la princesa Medea y le hizo retroceder. Los ojos de ella brillaban y eran tan penetrantes que á él le parecieron los de una serpiente, y aun cuando Jasón le estaba muy agradecido por los favores que le

había hecho la noche anterior, no hubiera jurado que éstos no se pudiesen trocar en daño antes de la puesta del sol; porque hay que saber que nunca se puede uno fiar de las encantadoras.

—¿Qué dice el rey Aetes, mi augusto y justiciero padre?—preguntó Medea con una sonrisa apenas perceptible.—¿Está ya dispuesto á ceder el Vellocino de Oro sin exponerte á nuevos riesgos ni molestarte más?

—Al contrario—respondió Jasón;—está muy enojado conmigo por haber domado los toros de bronce y sembrado los dientes del dragón, y me ha prohibido que intente nuevas hazañas, negándose rotundamente á cederme el Vellocino de Oro, aun cuando dé muerte al dragón.

—No es esto sólo, Jasón—dijo la princesa.—Si no te embarcas y alejas de Colcos antes de la salida del sol de mañana, el rey quemará tu galera de cincuenta remos y te pasará á cuchillo junto con tus cuarenta y nueve compañeros. Mas, no te desalientes: el Vellocino de Oro será tuyo, si no está fuera del poder de mis encantamientos. Espérame aquí una hora antes de media noche.

A la hora fijada hubierais visto otra vez al príncipe Jasón recorriendo cautelosamente las calles de Colcos al lado de la princesa Medea, dirigiéndose ambos al bosque sagrado en el centro del cual el Vellocino de Oro estaba colgado de un árbol. Cruzaron el campo de la noche anterior y los dos toros se acercaron á Jasón, bajando la cabeza y alargando el hocico, como suelen hacer los animales domésticos cuando piden caricias á una mano amiga. Su naturaleza feroz se había amansado por completo, apagándose también los hornos que ardían en sus estómagos, de suerte que, sin duda alguna, comían y rumiaban los pastos con mucho más gusto que antes. Porque entonces, cuando querían comer un bocado de hierba, los pobres animales la agostaban y quemaban con su aliento antes de que pudiesen paladearla. No se puede imaginar cómo se las arreglaban para no morir de hambre. Mas, ahora, en vez de exhalar llamas y vapores sulfurosos, respiraban con la mayor suavidad.

Jasón, después de acariciarles, siguió los pasos de Medea, internándose en el bosque de Marte, donde las grandes encinas centenarias formaban una bóveda que los rayos de la luna

no podían atravesar. Apenas veíase en el suelo, cubierto de hojas, alguno que otro punto iluminado y, de vez en cuando, la brisa, separando las ramas, dejaba entrever á Jasón algo del firmamento, cuya existencia hubiera olvidado en aquella obscuridad. Habiendo penetrado en el corazón de la selva, Medea apretó la mano del héroe.

—Mira delante de ti—murmuró.—¿Lo ves?

Columbrábanse entre las encinas venerables unos destellos, que no eran producidos por la luna, sino que se asemejaban á los dorados rayos del sol en su ocaso. Procedían de un objeto que parecía suspendido á una distancia del suelo como á la altura de un hombre, en el centro mismo del bosque.

—¿Qué es eso?—preguntó Jasón.

—¿Has venido de tan lejos para descubrirlo—exclamó Medea,—y no sabes reconocer el galardón de tus trabajos y peligros que resplandece delante de ti? Ahí tienes el Vellocino de Oro.

Jasón avanzó algunos pasos y se detuvo absorto. Aquel preciosísimo tesoro que tantos héroes habían codiciado, pereciendo al buscarle, víctimas de los peligros del viaje ó del aliento abrasador de los toros de bronce, brillaba con luz propia de un modo maravilloso.

—¡Cómo resplandece!—gritó Jasón extasiado.—Parece empapado del oro más puro de las puestas de sol. Permíteme que me adelante á cogerlo y lo guarde en mi seno.

—¡No te muevas!—dijo Medea, deteniéndole.—¿Olvidas á quien lo custodia?

La verdad es que, con el gozo de ver el objeto de sus deseos, el terrible dragón se había borrado por completo de la memoria del héroe. Mas no tardó en acaecer algo que le recordó los peligros que aún debía arrostrar. Un antílope, confundiendo, sin duda, aquel resplandor con el sol naciente, atravesó el bosque con la mayor ligereza. Al acercarse al Vellocino de Oro, oyóse de pronto un agudo silbido, y la inmensa cabeza y medio cuerpo cubierto de escamas del dragón, que estaba arrollado alrededor del tronco del árbol del cual colgaba el tesoro, se abalanzaron hacia el antílope, que desapareció al momento en las entrañas del monstruo.

Después de esta hazaña, el dragón pareció adivinar la presencia de alguna otra criatura viviente y quiso acabar su al-

muerzo. Avanzó su cabeza entre los árboles en todas direcciones alargando tanto el cuello que casi tocaba al sitio en que Jasón y la princesa estaban ocultos detrás de un tronco de encina. A fe mía que daba espanto y asco el ver moverse aquella cabeza ondulando en el aire y llegando hasta el alcance del brazo de Jasón. Abiertas las mandíbulas, su boca era tan grande como la puerta del palacio real, ó poco menos.

—¿Qué tal, Jasón?—murmuró Medea, cuyo carácter era tan malo como el de todas las encantadoras, deseando ver temblar al osado mancebo.—¿Qué me dices ahora de lo fácil que es apoderarse del Vellochino de Oro?

Jasón, en vez de contestar desenvainó la espada y dió un paso hacia adelante.

—¡Detente, loco!—dijo Medea, agarrándole por el brazo.—¿No ves que estás perdido sin tu ángel de la guarda, que soy yo? En esta caja de oro tengo un brebaje mágico que será mucho más eficaz que tu espada.

El dragón había oído voces humanas; rápida como una centella, su negra cabeza avanzó unos cuarenta pies de un solo movimiento, sacando una lengua como un dardo. Con rápido ademán, Medea echó el contenido de la caja de oro en la enorme garganta del monstruo. Inmediatamente, el dragón silbó con furia, se agitó con la mayor violencia, lanzó su cola á las ramas superiores de la encina más corpulenta, que se vino abajo aplastando su copa contra el suelo, y, por fin, cayó tan largo como era y se quedó enteramente inmóvil.

—No es más que un narcótico—dijo la encantadora á Jasón.—Estas dañinas criaturas pueden ser de alguna utilidad, tarde ó temprano; he aquí por qué no maté á ésta. ¡Date prisa! Coge el tesoro y vayámonos. Tuyo es el Vellochino de Oro.

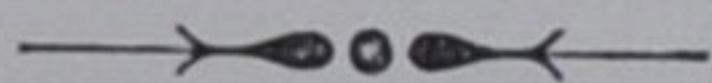
Jasón lo descolgó del árbol y se alejó de aquel lugar, iluminando las tinieblas con los dorados destellos de su preciosa carga. Delante de él, á poca distancia, vió á la vieja que había montado sobre sus hombros para atravesar el río; tenía á su lado el pavo real y aplaudía con alegría, recomendándole que no se entretuviese. Momentos después había desaparecido entre los árboles. Viendo Jasón á los dos hijos alados del Viento Norte, que estaban jugando á la luz de la luna á unos cuantos centenares de pies por encima de la tierra, les rogó dijese á los demás argonautas que se embarcasen en seguida. Pero Linceo,

con su penetrante vista, le había ya descubierto con el Vellochino de Oro á cuestras, á pesar de ocultarle á sus miradas varias paredes de piedra, una colina y las negras sombras del bosque de Marte. Advertidos por él, los héroes se sentaron en los bancos de la galera, sosteniendo los remos perpendicularmente, prontos á dejarlos caer en el agua.

Jasón, á medida que se iba acercando, oía mejor la voz de la escultura parlante, que le llamaba cada vez de un modo más insistente, con su voz grave y dulce :

—¡ Apresúrate, príncipe Jasón ! ¡ Si amas tu vida, apresúrate !

Subió á bordo de un salto. Los cuarenta y nueve héroes, al ver los esplendorosos fulgores del Vellochino de Oro, prorrumpieron en entusiastas aclamaciones ; y Orfeo, pulsando la lira, entonó un himno de triunfo que pareció dar alas á la galera durante su viaje de regreso á la patria.



MEDEA

PÓR EURIPIDES

EURÍPIDES.—El último de los tres poetas trágicos griegos ; nació en la isla de Salamina en el año 480 anterior á la era cristiana, y, según tradición popular, el mismo día del famoso combate naval que lleva el nombre de dicha isla. Aprovechóse de las enseñanzas de Anaxágoras en ciencias físicas, y de Pródico en retórica, uniéndole á Sócrates lazos de íntima amistad. Desde temprana edad se sintió atraído por la composición dramática, y á los veinticinco años alcanzó un premio con su primera tragedia. Después de una brillante carrera en Atenas, se retiró á Magnesia, en Tesalia, por motivos que no conocemos, y de allá se trasladó á la corte de Arquelaos, rey de Macedonia, donde murió en el año 405, antes de Cristo. De sus tragedias, que ascienden á más de setenta y cinco, nos han quedado tan sólo dieciocho, de las cuales, las más conocidas son las siguientes : *Alceste*, *Medea*, *Hipólito*, *Hécuba*, *Andrómaca*, *Ifigenia en Aulida*, *Ifigenia en la Táurica*, *Electra*, *Orestes* y *Las Bacantes*.

JASÓN.—A ruego tuyo vengo. Aunque seas mi enemiga no te faltaré en esto : te oiré, ¡ oh mujer !, si tienes algo de nuevo que decirme.

MEDEA.—Suplícote, Jasón, que perdones mis anteriores palabras : justo es que disimules mi ira, ya que tanto te he servido.

He reflexionado más tranquila, y me he dicho :—¿ Por qué soy tan miserable que me enfurezco contra los que á mi bien atienden, y soy enemiga de los reyes de esta región, y de mi mismo esposo, que por nosotros hace lo que más nos conviene, casándose con la hija del rey para que mis hijos tengan hermanos? ¿ No aplacaré, al fin, mi furor? ¿ Cuánta no es mi locura, rechazando estos bienes que los dioses me conceden? ¿ No tengo hijos? ¿ No sé que nos han desterrado de la Tesalia y que carecemos de amigos?— Después de revolver esto en mi alma reconocí que era insensata en sufrir tan grandes males, y que sin razón me había encolerizado. Ahora te alabo, y me parece prudente que te cases en beneficio nuestro ; y yo me tengo por loca, porque debía haber aprobado tus proyectos, y ayudar á tu esposa, y asistirle en su lecho, y servirle contenta. Pero soy mujer. No debo, pues, confundirte con los malvados, ni has de pagar las culpas de los necios. Cedamos y confesemos que hicimos mal entonces y que ahora lo pienso con más prudencia. ¡ Oh, hijos, hijos míos !, venid aquí, dejad vuestra habitación, saludad á vuestro padre, y reconciliaos con él al mismo tiempo que vuestra madre, por el odio que antes tuvimos á los que nos amaban : la paz sea con nosotros, lejos la cólera. Tomad su diestra. ¡ Ay de mis males ! ¡ Cómo embarga mi ánimo el recuerdo de mis recientes extravíos ! ¿ Acaso, ¡ oh hijos ! viviréis así mucho tiempo, y me ofreceréis vuestros brazos? ¡ Ay, cuán mísera, cuán propensa al llanto, cuán tímida soy ! Tarde se acaba el disgusto que tuve con vuestro padre. Las lágrimas surcan ahora mi rostro.

EL CORO.—El llanto brota también de mis ojos, y ojalá que no deplora otro mal mayor.

JASÓN.—Alabo tu conducta presente, ¡ oh mujer !, y no puedo vituperar la pasada ; es natural que las mujeres se enfurezcan contra su marido, si se casa con otra. Pero tu corazón ha cambiado favorablemente, y al fin conociste que era el mejor mi proyecto. Así es como obran las prudentes. Vuestro padre, ¡ oh hijos !, no ha vacilado, con ayuda de los dioses, en mirar por vuestra suerte, pues creo que con vuestros hermanos seréis algún día señores de Corinto. Lo demás, obra es de vuestro padre y del dios que os favorezca. Que yo os vea bien educados llegar al término de la niñez, superiores á mis enemigos. Mas, ¿ por qué corre copioso llanto de tus hinchados ojos, y no oyes con satisfacción mis palabras?

MEDEA.—No es nada ; pensaba en estos hijos míos.

JASÓN.—Ten confianza en mí : yo miraré por ellos.

MEDEA.—Así lo haré, y no desconfiaré de tus promesas ; pero la mujer es muy sensible de suyo, y llorar es su destino.

JASÓN.—¿ Por qué ¡ oh, desventurada ! lloras por tus hijos ?

MEDEA.—Yo los dí á luz : y cuando tú deseabas que vinieran, me compadecía de ellos dudando si se realizaría ó no tu deseo. Ya conoces, en parte, el motivo, que te ha traído aquí, y yo te diré lo demás ; ya que place á los reyes de esta ciudad desterrarme de ella, me parece mejor (bien lo conozco), para no servirte de impedimento, ni á los que aquí mandan (pues me miran como á enemiga de tu conyugal reposo), obedecer sus órdenes ; pero á fin de que mis hijos se eduquen bajo tu vigilancia, ruega á Creonte que no compartan mi dolor.

JASÓN.—No sé si podré persuadirlo ; probaremos, no obstante.

MEDEA.—Al menos rogarás á tu esposa que lo pida á su padre.

JASÓN.—Sin duda alguna, y espero conseguirlo, si es una mujer como tantas otras.

MEDEA.—También yo te ayudaré en esa empresa : le enviaré presentes que excedan en belleza á todos los humanos que he visto : á saber, un sutil vestido y una corona de oro, que llevarán mis hijos. Conviene, pues, que cuanto antes traiga aquí algún criado estas galas. Tu esposa será feliz, é incomparable en su felicidad, no sólo porque se casa contigo, que tanto vales, sino porque poseerá ese don, que en otro tiempo hizo el Sol á mis ascendientes. Tomad en vuestras manos estos nupciales dones, ¡ oh, hijos !, y llevadlos á la afortunada esposa, á quien debéis obedecer. Tales regalos no deben desdeñarse.

JASÓN.—¿ Por qué ¡ oh, insensata !, te desprendes así de ellos ? ¿ Crees que faltarán vestidos en el palacio del rey ? ¿ Crees que faltará oro ? Guárdalos, no los des. Si mi esposa me ama, me preferirá, sin duda, á todas las riquezas.

MEDEA.—No me digas eso : dícese que hasta los dioses se aplacan con los dones ; el oro entre los hombres vale más que infinitos discursos : favorécele la fortuna, el cielo le es propicio : no ya oro, mi misma existencia daría, gustosa, porque no fuesen desterrados mis hijos. Vosotros, ¡ oh, amados !, así que entréis en ese opulento palacio, rogad á la nueva esposa de vuestro padre, hoy mi señora ; suplicadle que os libre de mi pena, y presentadle

esos regalos : lo que más interesa es que los reciba en su mano. Id cuanto antes ; traed á vuestra madre el feliz mensaje de que ha logrado lo que desea. (*Retírase Jasón con sus hijos*).

EL CORO.—*Estrofa 1.^a*—Ya no tengo esperanza de que vivan sus hijos, ya no : ya caminan á la muerte. Daño recibirá la esposa de la diadema de oro, daño recibirá la desdichada. Ella, con sus manos, adornará con el letal presente su rubia cabellera.

Antistrofa 1.^a—Su belleza y divino brillo la invitarán á ponerse el vestido y la artística corona de oro, y después acabará su tocado en los infiernos. En tal lazo caerá y tal muerte sufrirá la infortunada : no, no evitará el daño que la amenaza.

Estrofa 2.^a—Y tú, ¡ oh, mísero, funesto esposo, yerno de reyes ! ; tú contribuyes también, sin saberlo, á la ruina de tus hijos, y á la muerte deplorable de tu esposa. ¡ Oh, infeliz ! ; ¡ qué distinta de lo que piensas será tu suerte !

Antistrofa 2.^a—Pero también me hacen gemir tus dolores, ¡ oh, madre de hijos sin ventura, que les darás muerte por vengar la injusta traición, que se hace á tu lecho conyugal, y la infidelidad de tu esposo, que te deja por vivir con otra esposa !

EL AYO (*con los hijos de Medea*).—Libres, ¡ oh, señora !, están ya tus hijos del destierro, y la regia esposa recibió en sus manos los presentes : paz hay ya para tus hijos.

MEDEA.—¡ Ay de mí !

EL AYO.—¿ A qué viene ahora tu tristeza, cuando la fortuna te es favorable ? ¿ A qué ocultas tu rostro, y no me oyes con alegría ?

MEDEA.—¡ Ay, ay de mí !

EL AYO.—No es así como debes recibir mi grata nueva.

MEDEA.—¡ Ay, ay de mí, otra vez !

EL AYO.—¿ Acaso, sin saberlo, he anunciado algún infortunio, creyendo falsamente que era alegre mi mensaje ?

MEDEA.—Anunciaste lo que anunciaste y has hecho bien.

EL AYO.—¿ Por qué bajas tus ojos y rompes en llanto ?

MEDEA.—Mucho lo necesito ¡ oh, anciano ! ; yo extraviada, y los dioses conmigo han pensado así.

EL AYO.—Confíamelo : por mediación de tus hijos volverás más tarde.

MEDEA.—Y antes yo, infeliz, me llevaré otros.

EL AYO.—No eres tú la primera que se separa de sus hijos. Los mortales han de sufrir con paciencia las desdichas.

MEDEA.—Así lo haré : pero entra en mi palacio y cuida de mis hijos como todos los días. ¡ Oh, hijos, hijos !, ya tenéis ciudad y casa en la cual viviréis siempre sin vuestra mísera madre : yo iré desterrada á otro país antes de recoger los frutos que habéis de dar, y de veros felices ; antes de casaros, y de engalanar yo misma á vuestra esposa, y el tálamo nupcial, y de llevar las antorchas. ¡ Oh ! ¡ cuán desdichada me hace mi feroz orgullo ! en vano os eduqué, ¡ oh, hijos !, en vano trabajé, graves molestias me consumieron y tuve que sufrir los intolerables dolores del parto. Sin duda, infeliz, puse en vosotros en otro tiempo mi esperanza y pensé que me sostendríais en la vejez, y que con vuestras manos cerraríais mis ojos, deseo tan natural en los mortales : ya se desvaneció este dulce consuelo ; sin vosotros pasaré mi vida llena de tristeza y de amargura. Ya no veréis con vuestros ojos amados á vuestra madre, y viviréis en adelante de otra manera. ¡ Ay, ay de mí ! ¿ por qué me miráis, oh hijos ? ¿ por qué me miráis y sonreís así, con sonrisa peor para mí que la muerte ? ¡ Ay ! ¡ ay ! ¿ qué haré ?, desfallece mi ánimo, ¡ oh, mujeres ! cuando tropiezo con las alegres miradas de mis hijos. Me será doloroso, pero han de vencer los proyectos anteriores : de la tierra arrancaré á mis hijos... ¿ qué necesidad tengo de afligir á su padre con estos males y de sufrirlos yo duplicados ? no seré yo... Constancia en mis propósitos... pero, ¿ á qué sufro ? ¿ serviré yo de burla, quedando impunes mis enemigos ? ¡ Audacia ! ¡ cuánta es mi debilidad, cuánta debilidad revelan estas frases afeminadas ! Entrad en el palacio, ¡ oh, hijos ! ; de perpetuo tormento serviréis á ese hombre, que no debe asistir á mis sacrificios. ¡ No se enervará mi mano ! ¡ ay ! ¡ ay ! no cometerás este crimen ¡ oh, mujer ! ; déjalos, desventurada, perdona ya á tus hijos ; viviendo, allá contigo serán tu encanto !... no, por los dioses que moran en el Orco con los ministros de la venganza, jamás los abandonaré á los ultrajes de los que me detestan. No hay más remedio ; que mueran, ya que es preciso ; yo, que les dí la vida, yo se la quitaré. Resuelto está y se cumplirá ; la corona orna ya las sienes de la regia esposa, y perece con su vestido. Ya, ya emprenderé mi funesta fuga, y les dejaré un legado aún más funesto... Quiero hablar á mis hijos. Dadme, dadme, ¡ oh, hijos míos ! vuestra diestra para que la bese. ¡ Oh, mano muy amada, labios queridos, noble rostro, talle gentil !... Sed felices, pero... allá vuestro padre os arrebatara la ventura que podríais disfrutar aquí. ¡ Oh, dulce abrazo ! ¡ oh, tez delicada ! ¡ oh,

suavísimo hálito de mis hijos ! salid, salid ; no puedo miraros más, pues mis desdichas me agobian ; ya comprendo, ya conozco en toda su extensión la horrible maldad que voy á cometer ; pero la ira es mi más poderosa consejera, causa entre los hombres de las mayores desventuras. (*Medea permanece en el teatro deseosa de saber el resultado de su funesto mensaje.*)

EL MENSAJERO.—¡ Qué cruel y nefanda maldad has cometido, ¡ oh, Medea ! Huye, huye, ya en nave que, como carro, surque las ondas, ya en otro cualquier vehículo, que huelle la tierra.

MEDEA.—¿ Qué ha sucedido, digno de tal destierro ?

EL MENSAJERO.—Han muerto ahora poco la princesa real, y Creonte, su padre ; han sido envenenados por ti.

MEDEA.—Me anuncias gratísima nueva, y en adelante serás uno de mis bienhechores y amigos.

EL MENSAJERO.—¿ Qué dices ? ¿ Estás en tu cabal juicio ? ¿ no deliras, oh, mujer ? ¿ te alegras al saber la ruina del real palacio ? ¿ No temes las consecuencias ?

MEDEA.—Algo podría replicarte ; pero no te desesperes demasiado, ¡ oh, amigo ! sino cuéntame cómo han perecido ; doblado será nuestro deleite, si fué su muerte la más horrible.

EL MENSAJERO.—Cuando llegaron tus dos hijos con su padre, y entraron en el palacio, nos alegramos todos los criados, que deplorábamos tus desdichas de uno en otro círculo ; de repente, corrió el rumor de que te habías reconciliado con tu esposo. El uno besaba la mano, el otro la blonda cabellera de tus hijos ; y yo, lleno de alegría, los acompañé hasta el aposento de las mujeres. La dueña, á quien ahora servimos en tu lugar, antes de venir tus dos hijos miraba á Jasón con amor, después veló su rostro, y volvió á otro lado sus candidas mejillas, mostrando su disgusto al entrar tus hijos. Pero tu esposo se esforzaba en aplacar el mal humor y la cólera de la doncella, diciéndole :—«No seas enemiga de los que me aman ; mitiga tu disgusto, vuelve hacia aquí tu cabeza, y ten por amigos á los que lo son de tu esposo ; acepta estos regalos y ruega á tu padre que por mí revoque el destierro de mis hijos.»—Ella, al ver tu regalo, no persistió en su propósito, sino que prometió á Jasón hacer cuanto deseaba, y antes que saliesen los tres del palacio, tomó en sus manos el gentil vestido y se lo puso y adornó sus rizos con la corona de oro sonriéndose al contemplar en el espejo su hermoso rostro. Y después, descendiendo del solio, se paseaba por el palacio y andaba

lenta y majestuosamente, satisfecha de los dones, y mirándose y remirándose desde los pies á la cabeza. Al poco tiempo presenciámos un espectáculo horrible : alterósele el color, retrocedió vacilante, tembló todo su cuerpo, y apenas pudo llegar al solio, cayendo en seguida en tierra. Una de sus viejas servidoras, creyendo que la acometía el furor de Pan ó de algún otro dios, dió un grito cuando observó que arrojaba por la boca blanca espuma, que se extrañaban sus ojos, que la sangre desaparecía del cuerpo y que prorrumpió en terribles clamores. Una corrió en aquel momento al palacio de su padre, otra en busca de su esposo á anunciarle esta desgracia ; todo era confusión, voces y carreras. Un luchador ágil hubiese tocado con su carro á la meta recorriendo seis pletros con paso rápido mientras ella con los ojos cerrados y sin vida, gemía con dolor, despertando al fin presa de graves males. La corona de oro, que devoraban, y los sutiles vestidos, presente de tus hijos, se cebaban en las blancas carnes de la desventurada ; huyó, por fin, levantándose del solio ardiendo, y sacudía sus cabellos á uno y otro lado, pugnando por arrojar la corona ; pero el oro, firmemente adherido á ella, no cedía, y el fuego, después de consumir sus cabellos, estallaba con doble fuerza. Cayó, por último, en tierra, vencida por el dolor, y espantosamente desfigurada, hasta el punto de que sólo su padre podía conocerla. No se distinguían bien sus ojos ; su rostro había perdido toda su belleza : de su cabeza corría sangre mezclada con fuego, y la carne, como gotas de pez, se desprendía á pedazos de los huesos por la eficacia invisible del veneno, ofreciendo un espectáculo horrendo. Nadie osaba tocar el cadáver, temiendo participar de su desdicha. Pero su infortunado padre, que nada sabía de su mal, entró en el aposento de repente, se abalanzó á la muerta, y dió grandes alaridos, y abrazándola y besándola, decía : — « ¡ Oh, hija desventurada ! ¿ qué dios te ha perdido tan miserablemente ? ¿ quién acompañará á tu viejo padre á la pira, si tú mueres ? ¡ Ay de mí ! ¡ perezca yo contigo, oh, hija ! » — Después que cesaron sus gemidos y lágrimas quiso levantarse, mas vióse adherido al sutil traje, como la hiedra á las ramas de laurel. Hubo una lucha horrible ; pugnaba por alzar la rodilla, y los paños, firmemente unidos á ella, lo impedían, y cuando forcejeaba, sus viejas carnes se separaban de los huesos. Al fin exhaló el alma el desdichado, rendido por el dolor ; yacen pues, muertos los dos, la hija y su anciano padre, el uno junto al otro : calamidad que pide á voces lágrimas. Tú dis-

currirás el medio de salvarte, pues yo nada te puedo aconsejar. Atormenta tu ingenio para evitar el castigo que te amenaza. No es ahora la vez primera que pienso que los proyectos de los mortales son sólo humo, ni vacilo en afirmar que los que se tienen por sabios, y se consagran á investigar la razón de las cosas, son los que más torpezas cometen. Nadie es feliz: si llega á poseer grandes riquezas, podrá serlo más que otro, pero nunca enteramente.

EL CORO.—No parece sino que un dios ha acumulado en este solo día merecidos males contra Jasón. ¡Oh, hija desventurada de Creonte! ¡cuánto deploramos tu infortunio, pues que, por casarte con Jasón, has bajado al palacio del dios de las tinieblas!

MEDEA.—He resuelto, ¡oh, amigas!, matar cuanto antes á mis hijos y huir de esta tierra, y no perderé el tiempo encomendando su muerte á manos más enemigas: sin remedio deben perecer, y como es preciso, yo, que los procreé, los mataré también. Ea, pues: ármate de valor. ¿Por qué vacilo en realizar crímenes crueles, pero necesarios? Anda, mísera mano mía: empuña, empuña el acero, huella la triste meta de la vida, y no seas cobarde, ni te acuerdes de tus hijos, á quienes tanto amas, porque los diste á luz: olvídate en este breve día de que los tienes, y llora después; que, aun cuando los mates, siempre te fueron caros, y siempre fuiste una mujer infortunada.

EL CORO.—*Estrofa.* Vitoreemos á la Tierra y á los rayos del Sol, que todo lo alumbra: ved, contemplad á aquella mujer desventurada, antes que llene sus manos de sangre infanticida. De ti descienden tus hijos, Febo de cabellos de oro, y es horrible que la mano de los hombres derrame sangre de dioses. Refrénala, ¡oh, luz divina! deténla: arroja de este palacio á la sanguinaria y mísera Furia, inspirada por fatídicas deidades.

Antistrofa.—En vano los dió á luz con dolores; en vano fuiste tronco de amada prole, ¡oh, tú, que atravesaste los escollos inhospitalarios de las cerúleas Simplegadas! ¡Oh, desgraciada! ¿qué grave ira se ha apoderado de tu corazón, qué rabia fatal, sedienta de sangre, te ha trastornado? Funesta expiación amenaza á los mortales, cuando riegan la tierra con sangre de sus parientes, y para castigo de los parricidas el cielo envía á las familias calamidades proporcionadas á la pena que merecen.

PRIMER NIÑO.—(*Desde adentro*).—¡Ay de mí! ¿qué haré? ¿adónde huiré de mi madre?

SEGUNDO NIÑO.—No lo sé, hermano muy querido : ¡ vamos á morir !

EL CORO.—¿ Oyes, oyes el clamor de tus hijos? ¡ Oh, mísera é infeliz mujer ! ¿ entraré en el palacio? Salvemos á sus hijos de la muerte. (*El coro se detiene viendo cerradas las puertas*).

LOS NIÑOS. ¡ Pero socorrednos, por los dioses ! ¿ vendréis á tiempo? ya el puñal nos amenaza de cerca.

EL CORO.—¿ Eres, ¡ oh, miserable ! piedra ó hierro para segar con tu mano infanticida la vida de los hijos que diste á luz? Sólo sé de una mujer de los pasados tiempos que matase á sus hijos ; sólo sé de Ino, furiosa por orden divina, cuando la esposa de Júpiter la arrojó de su palacio y trastornó su juicio, y la miserable cayó en la mar por el impío asesinato de sus hijos, saltando desde la orilla, y pereciendo al mismo tiempo que ellos. ¿ Puede suceder nada más horrible? ¡ Oh, funestos casamientos, cuántos males habéis atraído sobre los hombres !

JASÓN.—Mujeres que rodeáis ese palacio : ¿ está en él esa Medea, que ha cometido tantos crímenes? Menester es que se esconda en los abismos de la tierra, ó que, cual ave, se lance á las aéreas regiones, para que no pague la pena que merece por su delito contra la real familia. ¿ Cree acaso, después de dar muerte á los soberanos de esta región, que podrá escaparse impune? Pero no tanto vengo por ella, como por mis hijos : castíguenla los que han sufrido esos males. Mi objeto es salvar la vida de mis hijos, no se venguen en ellos los parientes de Creonte en represalias de la nefanda maldad que ha cometido su madre.

EL CORO.—¡ Oh, infeliz Jasón ! aun ignoras, sin duda, las desdichas que te aguardan ; á no ser así, no hablaras como hablas.

JASÓN.—¿ Qué hay? ¿ quiere matarme á mí también?

EL CORO.—Tus hijos han muerto á manos de su madre.

JASÓN.—¡ Ay de mí ! ¿ Qué dices? ¡ Oh, mujer, cómo me has afligido !

EL CORO.—No olvides que ya murieron tus hijos.

JASÓN.—¿ En dónde los ha asesinado, dentro ó fuera del palacio?

EL CORO.—Abre las puertas, y los verás muertos.

JASÓN.—Abrid cuanto antes las puertas, servidores ; quitad las barras para que contemple dos males á un tiempo, y vea á mis dos hijos muertos, y para que los vengue, y muera también á mis manos.

MEDEA.—(Que aparece en un carro tirado por dragones con los cadáveres de sus hijos).—¿Por qué sacudes y das golpes en las puertas buscando los cadáveres de tus hijos, y á mí, que los he asesinado? No te molestes. Si me necesitas, dime lo que quiere; jamás me tocarán tus manos, porque el sol, padre de mi padre, dióme un carro, que me protegerá contra mis enemigos.

JASÓN.—¡ Oh, rabia! mujer odiosa, mujer la más odiada por los dioses, por mí y por toda la especie humana, que has osado hundir el puñal en el corazón de tus propios hijos, en los mismos que diste á luz, y ves la tierra y el sol á pesar de tu impiedad maldita! ¡ Ojalá que mueras! ahora te conozco, no cuando de un palacio y de un país bárbaro te traje á la Grecia, á ti que eres el más terrible azote, y has hecho traición á tu padre, y á la tierra que te crió. Obra es de los dioses que me arrastrara tu fatal destino cuando asesinaste á tu hermano junto á los altares, y te embarcaste en la nave *Argos*. Tales fueron tus primeras hazañas: te casaste conmigo, y después que diste á luz á mis hijos, los mataste llevada de tu odio y de tu envidia á mi segunda esposa. Ninguna griega lo hubiese osado jamás; te prefería á ellas, y fuiste mi compañera: enlace fatal y pernicioso para mí, que eres leona, no mujer, de índole más fiera que la tirrena Escila. Pero ¡ ojalá mueras infame como ninguna, y además manchada por la sangre de tus hijos! Sólo puedo ahora deplorar mi fortuna, porque no he disfrutado de mi segundo himeneo, ni podré hablar ya con los hijos que engendré y eduqué, habiéndolos perdido.

MEDEA.—Largamente replicaría á cuanto acabas de decir, si el padre Júpiter no conociera los beneficios que de mí has recibido y tu negra ingratitud. El destino no podía permitir que, despreciándome tú y tu real cónyuge, vivierais felices, insultándome ambos, ni tampoco que Creonte, que te dió la mano de su hija, me desterrara de aquí impune; si te place, llámame, pues, leona ó Escila, que habita en la costa tirrena, pues te he herido en el corazón como merecías.

JASÓN.—Tú también sufres, y participas de mis males.

MEDEA.—Puedes estar seguro de ello: sin embargo, es dolor que me agrada porque no te ríes.

JASÓN.—¡ Oh, hijos! ¡ qué madre tan perversa os tocó en suerte!

MEDEA.—¡ Oh, hijos! ¡ cómo habéis muerto por culpa de vuestro padre!

JASÓN.—Pero seguramente no los mató mi diestra.

MEDEA.—No tu diestra : pero sí tu injusticia y tu segundo matrimonio.

JASÓN.—¿Y te resolviste á asesinarlos para vengarte de mi enlace?

MEDEA.—¿Es, acaso, leve desdicha para una mujer?

JASÓN.—Sí, si es ligera ; pero para ti todo es grave.

MEDEA.—Ya murieron : bastante será tu tormento.

JASÓN.—Hay dioses vengadores que te castigarán.

MEDEA.—Ellos saben á quién debe imputarse todo.

JASÓN.—De seguro conocen á fondo tu abominable corazón.

MEDEA.—Te odio, y me burlo de tus palabras amargas.

JASÓN. Y yo de las tuyas. Fácil es nuestra separación.

MEDEA.—¿Conque eso dices? ¿qué haré yo ahora? También lo deseo ardientemente.

JASÓN.—Déjame sepultarlos y llorarlos.

MEDEA.—De ningún modo : yo los enterraré y los llevaré al bosque sagrado de Juno, diosa de Acra, para que ninguno de sus enemigos los insulte removiendo sus sepulcros : en este país de Sísifo instituiré fiestas solemnes y sacrificios para lo futuro, en desagravio de tan impío asesinato. Yo iré á la tierra de Edixtes y habitaré con Egeo, el hijo de Pandión. Tú, que eres perverso, tendrás mala muerte, aunque justa, y los restos de la nave *Argos* herirán tu cabeza, pues presenciaste el amargo fin de mis bodas.

JASÓN.—Acabe contigo la furia vengadora de tus hijos asesinados, y la justicia castigue tu crimen.

MEDEA.—¿Qué dios, qué divinidad podrá escucharte cuando eres perjuro y traidor á quienes te dieron hospitalidad?

JASÓN.—¡Fuera, fuera de aquí, malvada, asesino de tus hijos!

MEDEA.—Vete al palacio y entierra á tu esposa.

JASÓN.—Allá voy.

MEDEA.—Aun no has gemido bastante ; la vejez te aguardará.

JASÓN.—¡Oh, hijos muy amados!

MEDEA.—De su madre, no de ti.

JASÓN.—Y, sin embargo, los mataste.

MEDEA.—Para ofenderte.

JASÓN.—¡Ay de mí, desventurado ! sólo deseo besar á mis hijos queridos.

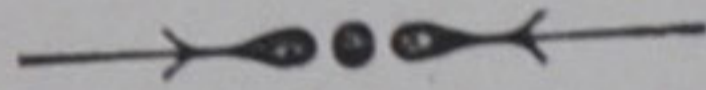
MEDEA.—Ahora los llamas, ahora deseas verlos, y antes los rechazabas.

JASÓN.—Concédeme, por los dioses, que toque sus infantiles cuerpos.

MEDEA.—No : vanas son tus súplicas.

JASÓN.—¿Oyes, Júpiter, cómo desoye mis súplicas? ¿ves lo que sufro á causa de esta execrable leona matadora de sus hijos? Pero me lamentaré así y daré gritos, poniendo á los dioses por testigos de que me prohibes tocar con mis manos, y sepultar los cadáveres de los hijos que mataste. ¡Ojalá que nunca los viese, si había de perecer á tus manos!

EL CORO.—Júpiter desde el Olimpo, gobierna al mundo y muchas veces hacen los dioses lo que no se espera, y lo que se aguarda no sucede ; el cielo da á los asuntos humanos fin no pensado. Así ha acontecido ahora.



FILOCTETES

POR SÓFOCLES

SÓFOCLES.—Nació el 495 antes de Cristo.

Célebre poeta trágico griego. Su patria fué Colona, cerca de Atenas, y dió su primera tragedia al teatro cuando tenía sólo 23 años. Desempeñó varios cargos públicos, y vivió cerca de 90 años. Fué el perfeccionador de la tragedia griega ; los antiguos le atribuían 123 obras, pero algunas de ellas parecen haber sido de sus discípulos. Sólo siete han llegado hasta nosotros: *Filoctetes*, *Antígona*, *Edipo Rey*, *Edipo en Colona*, *Ajax*, *Electra* y *Las Traquinianas*. Sófocles reúne todas las cualidades del poeta trágico, y su influencia sobre el arte dramático ha sido inmensa.

FILOCTETES.

¡Oh, extranjeros!

¿Quiénes sois? ¿Cómo á orilla tan desierta,
Inabordable y triste, ágiles remos
Os pudieron traer? ¿Qué patria, origen,
Pudiera daros sin error? Ya pienso
Reconocer, á la verdad, en esas
Vestiduras al punto el traje griego
Tan querido de mí. Pero impaciente
Vuestra voz escuchar sólo deseo.
Sorpresa, espanto ó repulsión no os cause
Así al hallarme, mi salvaje aspecto ;
Pero tened piedad de un desdichado



Sófocles.



En mísero abandono, en tal desierto,
Sin auxilio de nadie. Hablad, si ahora
Como amigos venís. Dadme, al momento
Una clara respuesta, pues no hay duda
Que justo no sería que muy luego
No la alcanzara de vosotros, como
Ni vosotros de mí.

NEOPTOLEMO.

Sabe, extranjero,

Que somos hijos de la Grecia; sabe
Lo que quisiste averiguar en esto.

FÍLOCTETES.

¡Oh, cuán dulce palabra! ¡Oh, qué alegría
Poder oír la voz de tal guerrero
Tras de tan largo espacio! Pero, hijo,
¿Qué te trae á esta isla? ¿Qué deseo?
¿Qué dura precisión? ¿Qué favorables
Hoy para mí, como amistosos vientos?
Dilo al fin, y yo sepa quién tú eres.

NEOPTOLEMO.

En Esciros nací; nací en tal suelo
Bañado por las olas; allí torno,
Y me han dado por nombre Neoptolemo,
Del gran Aquiles hijo. Ya tú sabes
Cuanto quieres saber.

FÍLOCTETES.

¡Oh, tú, el mancebo,

Hijo de un padre que me fué tan caro,
En un país nacido que yo quiero,
A quien criara el viejo Licomedes!
¿Qué motivo te trae? Y en tu regreso,
¿De dónde vienes, pues?

NEOPTOLEMO.

Vengo de Troya,

Aquí, donde me ves, en tal momento.

FÍLOCTETES.

¿Qué me dices? Mas tú no te encontrabas
Con nosotros, y téngolo por cierto,
Cuando la flota nuestra, poderosa,
Lanzó sus proras al troyano suelo.

NEOPTOLEMO.

¿Y, á tu vez, tú también parte tuviste
En tal expedición?

FÍLOCTETES.

¡Ay, qué recuerdos!

¿Al que tienes delante, tú, hijo mío,
No conoces?

NEOPTOLEMO.

¿Y cómo conocerlo,

Pues que jamás te vi?

FÍLOCTETES.

¡Qué! ¿Ni mi nombre,

Ni el rumor de los males tan funestos
Que consumen mi ser, á ti ha llegado?

NEOPTOLEMO.

Yo nada sé de lo que estás diciendo.

FÍLOCTETES.

¡Oh, cuán mísero soy! ¡Del odio impío

FILOCTETES

De las deidades infeliz objeto,
 La fama del estado lastimoso
 A que mi vida reducida veo,
 No ha llegado á mi patria ni á ninguna
 Comarca que vivienda es de los griegos!
 Los que me han relegado de este modo
 Tan impío y cruel, allá, en silencio,
 Se burlan, y mi mal juzgan que crece
 Cada día. Hijo fiel, digno renuevo
 De Aquiles, yo soy, pues, aquel caudillo
 Que tal vez has oído, así lo pienso,
 Nombrar como el que guarda aquellas flechas
 Cual hijo de Peano, del tremendo
 Y poderoso Hércules. Escucha:
 Mi nombre es Filoctetes; al que han puesto
 Los atridas y el rey Cefaleniano
 En esta soledad, cual miras, lleno
 De ignominia y ya presa de una horrible
 Enfermedad, y siempre en su tormento,
 Desgarrado de víbora homicida
 Por el cruel mordisco, y sin consuelos.
 En tal estado, pues, fuí abandonado
 En tan agreste sitio, casi muerto,
 Cuando á Crisa, batida por los mares,
 Dejó la armada y abordó al fin luego
 En estas tristes playas. Tras difícil
 Navegación, aquí viéronme ellos
 Dormido en la ribera, de una roca
 Al abrigo; y de gozo entonces llenos,
 Me abandonaron yéndose y dejándome.
 Como á un ser miserable, algunos restos
 De telas; era un rasgo compasivo,
 ¡Eso sí! de ruines alimentos.
 ¡Espérenles las mismas amarguras,
 Y sientan, ay, el mismo sufrimiento!
 ¿Puedes acaso figurarte ¡oh, hijo!,
 El horror espantoso de mi sueño,
 Cuando, después de su partida, vime
 En tan inmensa soledad despierto?
 ¿Cuáles mis lloros, los salvajes gritos
 De aquél que desespera, cuando viendo
 Mis ojos esas naves que en un día
 Volaban á mis órdenes, ya lejos,
 Que partían sin mí, y cuando á nadie
 A mi lado encontré, que por lo menos
 Pudiera darme auxilio en mis congojas

Y acudir á mis crudos sufrimientos?
En vano mis miradas dirigía
De esta isla salvaje á los extremos;
Desolación no más doquier hallaba,
Del ser desesperado los tormentos.
A un día sucedíase otro día;
Su viva marcha apresuraba el tiempo,
Y encontrábame solo en esta gruta
Sin tener lo preciso á mi sustento;
Este arco me dió preciosos víveres,
Hiriendo á las palomas en su vuelo,
Mas al ave alcanzada por mi flecha,
Infeliz, por mí mismo, con mi esfuerzo
Faltábame buscar, yendo arrastrando
Mi lacerado pie. Cuando sediento
En la fría estación, érame fuerza
Buscar el agua que beber, cubierto
Todo estando de escarcha; era preciso
Partir algunas ramas, y sujeto
Nada más á arrastrame cual si fuera
Miserable reptil; al punto el fuego
Me faltaba, una piedra contra otra
Frotando sin cesar, lograba al menos
Con gran fatiga producir la llama
Que avaras me ocultaban; la que ha hecho
Hasta ahora que pueda al fin salvarme
De un fin inevitable cual funesto.
En un asilo inhabitado siempre,
Al cabo todo remediólo el fuego,
Pero no dió á mis males el alivio,
Ni á este continuo y singular anhelo.
Ahora, pues, esta isla en que me hallo
Conoce tal cual es. Oyeme atento.
Ningún piloto por su gusto á ella
Ha arribado jamás, porque ni puerto
Halla aquí, ni lugar donde con lucro
Pueda hacer nauta alguno su comercio.
Ningún mortal prudente ha dirigido
A ella su bajel. A pesar de esto
Puede verse arrojado á sus riberas
Algún marino por contrarios vientos,
Porque posibles son tales desdichas
En el curso tan largo y los sucesos
De la vida del hombre, pero siempre
Los que en caso se miran tan extremo,
Compasivas palabras me dirigen;

FILOCTETES

Alguna vez me dejan alimentos,
 Me dan vestidos por piedad, mas nadie
 Cuando á enterarles de mi suerte llego,
 Salvarme quiere, á mi querida patria
 Tornándome. Así, pues, aquí me encuentro
 Infeliz ha diez años, siempre presa
 Del hambre y del dolor, y sosteniendo
 Una llaga feroz que me devora.
 Tales son, hijo mío, los tormentos
 Que me imponen sufrir esos atridas
 Y Ulises con crueldad. Puedan, lo espero,
 Los dioses del Olimpo hacer que tengan
 De mis desdichas á su vez el premio.

EL CORO. Yo, hijo de Peano, no concibo
 Por ti menos piedad que el extranjero
 Que antes llegara á visitar tu albergue.

NEOPTOLEMO. Testimonio yo mismo prestar puedo
 De la verdad de tus sentidas quejas,
 Yo, que probé de los atridas fieros
 La maldad, y de Ulises la iracundia
 Y violencia cruel.

FILOCTETES. ¿Según infiero,
 También tú, tú también algún agravio
 O algún justo interior resentimiento
 Contra el atrida tienes?

NEOPTOLEMO. Y es profundo
 Y fundado en verdad el que le tengo.
 ¡Pueda segura mi venganza un día
 Tener, y pueda demostrar mi aliento
 A Micenas y á Esparta, y que de Esciros
 Los hombres salen de indomable esfuerzo!

FILOCTETES. ¡Bien, hijo! Eso me agrada. Mas ¿qué ofensa
 Excita tus rencores contra ellos?
 ¿Tan temible el agravio es que así sientes?

NEOPTOLEMO. ¡Ay! me es costoso relatar de nuevo...
 ¡Oh, hijo de Peano! ¿he de decírtelo?
 El afrentoso ultraje que me han hecho
 A mi llegada ante la misma Troya,
 Cuando llegué á sus tiendas sin recelo,
 Después que fiera la inflexible Parca
 Cortó de Aquiles el vital aliento...

FILOCTETES. ¡Altos dioses! ¿Qué dices? No prosigas
 Antes que sepa si murió de cierto
 El hijo de Peleo.

NEOPTOLEMO. Es indudable.
 No por la mano de mortal ha muerto.

Pero sí á las de un dios ; según se dice,
De los rayos herido fué de Febo.

FILOCTETES. Noble fué el vencedor ; noble la víctima ;
Mas no sé si debiera en tal momento
De tus desdichas informarme antes
O las tuyas llorar.

NEOPTOLEMO. ¡ Ay ! ¡ según pienso
Tus dolores te bastan, infelice,
Para llorar ahora los ajenos !

FILOCTETES. Cierto es : vuelve entonces al relato
De los ultrajes míseros de aquéllos.

NEOPTOLEMO. Ulises el divino, y aquél otro
A quien mi padre protegió, vinieron
A buscarme en bajel todo pintado
De colores muy vivos y diversos,
De blancas velas y gallardo porte,
Diciéndome, no sé si falso ó cierto,
Que fenecido ya mi noble padre,
El destino tan sólo á mis esfuerzos
Permitía rendir los fuertes muros
De Troya. Tal entrambos me dijeron,
Y yo no diferí cruzar los mares,
Sobre todo, avivado en mí el deseo
De abrazar á mi padre antes que hubiera
A la tumba bajado. Sí, extranjero,
Porque nunca le vi ; de un noble estímulo
Animado á la vez me hallaba, es cierto :
De la esperanza de tomar los muros
Del troyano, mostrando mi denuedo.
De nuestro rumbo en el segundo día,
Llevado, pues, por favorables vientos,
Abordamos al triste promontorio
Que el nombre ha recibido de Sigeo.
No bien hube pisado la ribera
Me vino á rodear todo el ejército ;
Saludóme, jurando cada uno
Que á ver á Aquiles volvería de nuevo.
Mas, ¡ ay ! que ya ese Aquiles no existía,
Y desdichado yo, después que acerbo
Y amargo llanto derramé á su muerte,
En breve fuí hasta el mismo campamento
De los viles atridas que creía
Tener por mis amigos más sinceros.
Las armas de mi padre reclaméles
Y les pedí mi herencia por completo.
Pero ¡ oh, dioses potentes ! esta odiosa

Respuesta mis oídos les oyeron:
 «¡ Oh, vástago de Aquiles! ; cuanto era
 »De tu padre, ahora es tuyo ; eres su dueño ;
 »Mas de sus armas poseedor es otro :
 »El hijo de Laertes». Tal oyendo
 No pude contener mis tristes lágrimas,
 Y de súbito alzándome al fin, lleno
 De indignación y cólera, les dije :
 «¿ Habéis osado, miserables, puestos
 »En contra de lo justo, cuando antes
 »No intentasteis tener mi asentimiento,
 »Con insidiosa maña y con malicia
 »Y sin consulta alguna, haceros dueños
 »De mis armas?» Presente estaba Ulises,
 Y respondiome al punto: «Sí, mancebo ;
 »Con justicia, en verdad, me fueron dadas,
 »Porque logré salvarlas con el cuerpo
 »De tu padre.» Yo, entonces, en el colmo
 De mis furros íntimos é inmensos,
 De maldiciones le colmé y de injurias.
 ¡ Así mis armas me robaba artero !
 Mas él, hasta tal punto ya estrechado,
 De mis palabras ofendido, aun siendo
 Fácil en él el dominar la cólera,
 Así me replicó: «Tú, en aquel puesto
 »Que debieras estar, no te encontraste ;
 »No estabas donde estábamos, mancebo,
 »Y nunca llevarás las armas éstas
 »Que reclamas así tan altanero,
 »A esa tierra de Esciros». Cuando hube
 Recibido este ultraje tan sangriento,
 Despojado de todo, tan vilmente
 Por Ulises, el hombre más perverso,
 De la herencia que sólo era ya mía,
 Con ira inútil á mi patria vuelvo
 Contra Ulises ; no obstante, no es tan dura
 La acusación que á los atridas puedo
 Lanzar en mi infortunio. Las ciudades
 Lo mismo, pues, dependen que un ejército
 Que sigue sus banderas en el campo,
 De aquéllos que las rigen: son aquéllos
 Que el daño causan, criminales viles
 Por las lecciones de sus torpes dueños.
 Ya lo sabes, pues, todo: ¡ que el que odia
 A los atridas con mi mismo anhelo,
 El digno amigo de los dioses sea ;

- EL CORO. Para mí el más querido al mismo tiempo!
 ¡Tú, á quien adornan las altivas cumbres,
 ¡Oh, tierra! tú que das grato alimento
 A los seres creados, tú la madre
 De Júpiter divino, que tu puesto
 En las márgenes tienes del Pactolo
 De las áureas arenas: con respeto
 Yo también á mi vez, también, ¡ay! antes,
 Te invoqué, madre augusta, cuando fieros
 Los atridas al hijo de ese Aquiles
 Causaron un ultraje tan sangriento,
 Despojándole entonces de las armas
 De quien el ser le diera; honor supremo
 De Laertes al hijo concedido!
 ¡Oh, diosa, ya sentada en carro espléndido
 Por leones tirado, haz que aniquilen
 Estas fieras los toros traicioneros!
- FILOCTETES. Por mis huéspedes hoy os reconozco
 Al oír un relato tan funesto,
 Que á mi vez hallo acorde y ajustado
 Con mis tristes y propios sentimientos;
 Reconozco la obra de ese Ulises,
 De los rudos atridas que aborrezco.
 De engaño y de maldad sé que es su lengua
 Un odioso y un mísero instrumento,
 Del que nunca, por último, se obtiene
 Sino lo injusto sólo. De esos hechos
 Ninguno me sorprende, mas me asombra
 Que Ajax, el más famoso, conociéndolos
 Los haya soportado.
- NEOPTOLEMO. No existía
 Entonces, porque vivo, sí, extranjero,
 No hubiera sido despojado nunca
 De mis armas.
- FILOCTETES. ¿Qué has dicho? ¿Ajax ha muerto?
- NEOPTOLEMO. Ya no existe.
- FILOCTETES. ¡Ay de mí! ¡Ni aquel Dion edes,
 Ni el hijo de Laertes, ni Tideo,
 Hay temor de que hayan fenecido,
 Si los que dignos de vivir han muerto!
- NEOPTOLEMO. Sí, en verdad. Tales son los que en el día
 Rigen vanos la hueste de los griegos.
- FILOCTETES. ¿Y Néstor de Pilós, mi viejo amigo,
 Mi leal y valiente compañero,
 Vive aún? A lo menos contenía
 Con sus sabios, magníficos consejos,

FILOCTETES

- Sus malvados designios. Ahora vive
- NEOPTOLEMO. Sumido en la aflicción, desde que ha muerto
Antíloco, su hijo, ante los muros
De la ciudad troyana.
- FILOCTETES. ¡Oh, desconsuelo!
Me anuncias ¡ay! la pérdida sensible
De dos hombres de quienes mi deseo
Hubiera sido el ignorar la muerte.
¿Qué justicia esperar de los excelsos
Y prepotentes dioses, cuando llegan
Tales héroes de hazañas tan sin cuento
A sucumbir, y cuando Ulises vive
En el mismo paraje en que el primero
Debiera fenecer?
- NEOPTOLEMO. Es sin disputa
Un hábil luchador, mas nunca es nuevo,
Filoctetes, que caigan los más hábiles
A su vez.
- FILOCTETES. Pero dime: ¿qué se ha hecho,
En nombre de los dioses, de Patroclo,
A quien tu padre quiso con extremo?
- NEOPTOLEMO. También ha perecido: en pocas frases
Te explicaré, pues, todo. Es, ¡ay! muy cierto
Que con pesar la guerra despiadada
Al cobarde aniquila, mas al bueno,
Al valiente y audaz nunca perdona.
- FILOCTETES. Al tuyo al par mi testimonio agrego,
Y á propósito tal, has de decirme:
De una indigna persona de talento,
Del don de la palabra nada escaso,
¿Al presente, no ignoras qué se ha hecho?
- NEOPTOLEMO. ¿De quien quieres hablar si no es de Ulises?
- FILOCTETES. No es á Ulises, no; á otro me refiero;
De un Tersíto te hablo, á quien gustábale
Repetir incesante sus consejos,
Aunque escucharlos nadie los quisiera.
¿Sabes tú si aún existe?
- NEOPTOLEMO. No recuerdo
Haberle visto, pero sé que aún vive.
O que alentaba entonces, cuando menos.
- FILOCTETES. Debe ser, porque nunca el miserable
Se muere, no; los dioses, según creo,
Le dan su protección: á todo inicuo
Y avezado á lo malo, es su contento
Substraer de los antros infernales

Para hollar la virtud, y cuanto es bueno
Precipitar al punto. ¿Qué es preciso
Pensar en vista de los mismos hechos?
¿A qué alabarlos, pues, si tan injustos
Los hallo así, cuando elogiarlos quiero?

NEOPTOLEMO. A Ilión, Filoctetes, y al atrida
Mirando en adelante desde lejos,
De su impuro contacto alejaréme:
Allí donde el malvado y el perverso
Sobre el honrado prevalece; en donde
Aquel que alienta corazón de acero
Sucumbe, y el cobarde así se engríe,
¿Cómo vivir y demostrar mi aprecio
A semejantes hombres? Con sus rocas
Esciros, pues, me basta; allí contento
En mi palacio viviré. A mi nave
Sin detenerme más ahora me vuelvo.
Adiós, ¡oh, el hijo de Peano! Puedas
Ser tan dichoso como yo deseo,
Y las deidades de tu mal te libren
Como tú lo apeteces. Ya dejemos
Estos sitios, y vamos en espera
De que los dioses favorable viento
Nos den, por que podamos nuestras lonas
Desplegar en los mares.

FILOCTETES. ¿Qué, tan presto,
Hijo mío, te marchas?

NEOPTOLEMO. Sí; el instante
De ponerse á la vela es lo más cierto
Aprovecharle pronto estando cerca,
Que no en la tierra y de las olas lejos.

FILOCTETES. Por los seres que diéronte la vida,
¡Oh, hijo mío! por todo á lo que afecto
Tengas y el ser de tu mayor cariño,
Con insistentes súplicas te ruego
Que solo, abandonado no me dejes,
Presa del mal en que me ves sufriendo
Y cuya triste relación oíste.
A los tuyos agrégame en aumento;
No ignoro cuán pesada podrá serte
Esta carga; no obstante, como bueno
Sopórtala; las almas generosas
Detestan las bajezas; sus empeños
A la gloria tan sólo se encaminan
En todo lo que sea honrado y recto.
Si te excusas, ¡qué acción tan vergonzosa!

Mas si accedes, ¡oh, hijo! en tal momento,
 ¡Cuánta gloria tendrás y recompensa
 Si con vida, de Eta arribo al suelo!
 ¡Bah! La pena será de solo un día.
 Resuélvete, y acógeme, pues, luego,
 Donde quieras: á popa; ó bien á proa,
 En la sentina misma; no apetezco
 Sino un triste rincón; en donde sea
 Para todos allí menos molesto.
 En el nombre del mismo soberano
 Del Olimpo, consiente en mi deseo;
 Del protector de todo lo suplico;
 Ten piedad; á tus plantas me prosterno
 Doliente cual me ves... ¡Ay, desdichado!
 No, al fin, abandonado en un desierto
 Me dejes, donde no hay vestigio alguno
 De la huella del hombre. Sea tu pecho
 Compasivo, y me salve y me conduzca
 A tu patria, á la margen del Eubeo
 Do Calcodón domina; de estas playas
 No ha de ser, no, muy largo ya el trayecto
 Hasta el monte de Eta y las alturas
 De Traquina y la margen del Esperquio,
 De tan hermosas aguas, y devuélveme
 ¡Ay! á mi padre que en el alma quiero.
 ¡Cuán haberle perdido en un espacio
 Tan largo de desdichas ya me temo!
 Porque no pocas veces con los mismos
 Que abordaban aquí, mis tristes ruegos
 Enviéle pidiéndole viniese
 En un bajel para salvarme y presto
 Conducirme á mi patria. Pero sea
 Que en la tumba descansa ya en efecto,
 O que las gentes que encargadas iban
 De mi mensaje, se olvidaran luego,
 Ni se cuidaron que á su patria fuese
 El ser abandonado en tal destierro.
 Hoy recurro á ti, pues; sé tú mi guía
 A la vez que mi noble mensajero.
 Tú me puedes salvar; tú, digno siempre,
 Con el hermoso corazón del bueno,
 Me tendrás compasión. ¡Ay! ¡considera
 Cuán terrible es la vida que tenemos
 Los míseros mortales, acosados
 De infortunios, de llantos y de riesgos,
 De cambios venturosos é infelices!

Contando el hombre con los males ciertos
De la existencia, debe los reveses
Prevenir de antemano, si en el seno
De la fortuna próspera se halla:
Entonces es, cuando velar con tiempo
Sobre ella le es fuerza, temeroso
De que, al fin, se disipe en un momento.

EL CORO.

De su mísera suerte te apiada,
¡Oh, monarca! Sus hórridos tormentos
Tan sin tregua, te ha dicho. ¡A los que amo
Quieran los dioses preservarles de ellos!
Mas, ¡oh, rey! si aborreces los atridas,
Sus torpes injusticias yo, volviendo
De este ser infeliz hoy sus maldades
En debida ventaja y en provecho,
Le llevaré al lugar donde impaciente
Hoy anhela volver, allá á su suelo,
En nuestra nave, rápida y provista
De tal modo cortando aquel severo
Castigo, aquella súbita venganza
De los potentes dioses.

NEOPTOLEMO.

Con exceso

Complaciente te muestras; pero cuando
De su mal el contacto te haya hecho
El disgusto sentir, teme no sea
Tu lenguaje ése mismo, y sentimientos.

EL CORO.

¡Eso no! No es posible que esa justa
Reconvención á hacer tengas derecho.

NEOPTOLEMO.

De parecer así menos solícito
De socorrer á un huésped me avergüenzo;
Embarquémonos, pues; que él se apresure
Y en nuestra nave encontrará ya asiento.
No me opongo. Permitan las deidades
Que en buen hora estas márgenes dejemos,
Y nos lleven en próspera bonanza
De nuestro rumbo por el mar al término.

FILOCTETES.

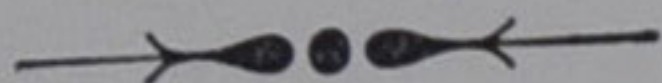
¡Oh, día bienhadado! ¡Oh, dicha inmensa!
¡Oh, tú, mi bienhechor! ¡Oh, Neoptolemo,
Y vosotros, amigos todos caros!
¿Cuál pudiera probaros yo con hechos
La gratitud que despertáis ahora
En lo profundo de mi triste pecho?
Partamos, sí, partamos, hijo mío,
Después de que un adiós, adiós postrero,
Dé á este mísero albergue. Tú no ignoras
Cuán falto de valor en tal destierro

LOS CABALLEROS

He llegado á vivir. Cual yo, ninguno
 Hubiera soportado, así lo creo,
 La vida; mas, al cabo, me ha enseñado
 La precisión á amar aun hasta aquello
 Que mi desdicha era.

EL CORO.

Tened todos.
 De qué se trata á conocer lleguemos.
 Dos hombres á estos sitios se dirigen:
 El uno es de la nave marinero;
 Extranjero es el otro. Lo que quieran,
 Escuchar puedes tú. Luego irás dentro
 De tu gruta.



LOS CABALLEROS

POR ARISTÓFANES

ARISTÓFANES.—El más insigne de los poetas cómicos griegos, nació, probablemente, entre los años 450 y 446 antes de Jesucristo; de su muerte sólo se puede decir que no acaeció después del año 380. Poca cosa sabemos de su vida, fuera de lo que nos dan á conocer de ella las alusiones personales que se hallan en sus propias obras. Su primera comedia, «Los Babilonios», apareció en 427, y á ella siguieron más de cuarenta, de las cuales únicamente han llegado once hasta nosotros: «Los Acarnenses», «Los Caballeros», «La Paz», «Las Aves», «Lisistrata», «Las Tesmoforiantas», «Las Ranas», «Las Junteras» y «Pluto». Aristófanes es el único representante que nos queda de la llamada Comedia Antigua de Atenas.

—DEMÓSTENES.—¡ Oh, qué calamidad! ¡ ojalá confundan los dioses á ese recién venido paflagonio y á sus malditos consejos! Desde que, en mal hora, se introdujo en esta casa, no cesa de apalear á los esclavos.

NICIAS.—¡ Ojalá perezca desastradamente con sus infames calumnias!

DEMÓSTENES.—¿Cómo lo pasas, desdichado?

NICIAS.—Muy mal; lo mismo que tú.

DEMÓSTENES.—Principio ya. Tenemos un amo selvático, voraz por las habas, irascible, tardón y algo sordo; se llama Pueblo Pniciense. El mes último compró un esclavo zurrador paflagonio, lo más intrigante y calumniador que puede imaginarse. El tal paflagonio, conociendo el carácter del viejo, empezó, como perro zalamero, á hacerle la rosca, á adularle, á

acariciarle y á sujetarle con sus correíllas, diciéndole :—¡ Dueño mío ! vete al baño, que ya es bastante trabajo el sentenciar un pleito ; toma un bocadillo, echa un trago, come, cobra los tres óbolos. ¿ Quieres que te sirva la comida?—y arrebatando después lo que cada uno de nosotros había dispuesto para sí, se lo ofrecía generosamente al viejo. Ultimamente le había yo preparado en Pilos un pastel lacedemonio ; pues bien, no sé de qué manera se las arregló ese bribón ; pero el caso es que me lo escamoteó y se lo ofreció al amo como cosa suya. Nos aparta cuidadosamente del anciano pueblo y no nos permite servirle. Armado de su mosquero de correas se coloca junto á su señor cuando cena, y espanta á los oradores y pronuncia oráculos, y le ha llenado al viejo la cabeza de profecías. Cuando le ve ya chocho, pone manos á la obra. Acusa y calumnia á todos los de la casa y nos muelen á golpes. El mismo paflagonio corre alrededor de los criados, les pide, les acosa, les arranca regalos, diciéndoles :—¿ Veis cómo por mi causa le sacuden á Hilas? ¡ Si no hacéis lo que quiero, moriréis hoy mismo!—y nosotros le damos cuanto pide, pues si no, pateados por el viejo, aflojaríamos ocho veces más. Tratemos, pues, cuanto antes, amigo mío, del camino que debemos seguir y adónde debemos ir á parar. ¡ Di ! ¿ qué hace el paflagonio?

NICIAS.—Harto de vino y palos denunciados, el muy bribón ronca tendido sobre sus cueros.

DEMÓSTENES.—Entonces escánciame vino con mano pródiga, como si fuera para una libación.

NICIAS.—Toma y haz una libación en honor del buen Genio ; bebe, bebe el vino del genio de Prarunio.

DEMÓSTENES.—¡ Oh, buen genio ! esta idea no es mía, sino tuya.

NICIAS.—¡ Cómo ! ¡ habla pronto ! ¿ qué se te ha ocurrido?

DEMÓSTENES.—Entra en la casa mientras duermo, y escamotéale sus oráculos al paflagonio.

NICIAS.—Lo haré. Mas, temo que esa idea te la haya inspirado un mal genio.

DEMÓSTENES.—Anda. En tanto llenaré yo mismo la copa. Tal vez este riego haga germinar en mi cerebro alguna buena idea.

(Entra en la casa Nicias y vuelve en seguida.)

NICIAS.—¡ Con qué furia ronca y se desahoga el paflagonio !

así es que le he substraído sin dificultad aquel sagrado oráculo que guardaba cuidadosamente.

DEMÓSTENES.—¡ Tu destreza no tiene rival! dámelo para que lo lea. En tanto, échame vino á toda prisa. Veamos lo que dice. ¡ Oh, qué precioso hallazgo! dame, dame pronto la copa. ¡ Maldito paflagonio! ¡ por eso guardabas hace tanto tiempo este oráculo que se refiere á ti!

NICIAS.—¿ Cómo?

DEMÓSTENES.—Aquí se dice cómo ha de perecer.

NICIAS.—Pero, ¿ cómo?

DEMÓSTENES.—¿ Cómo? el oráculo dice terminantemente que primero habrá un vendedor de estopas que gobernará la República.

NICIAS.—Ya hemos tenido el vendedor. ¿ Y después?

DEMÓSTENES.—Será el segundo un tratante en ganado.

NICIAS.—Ya van dos comerciantes, y á ése ¿ qué le sucederá?

DEMÓSTENES.—Mandaré hasta que aparezca otro hombre más perverso que él. Caerá entonces, reemplazándole el paflagonio, comerciante en pieles, ladrón, alborotador y de voz ensordecedora como la del torrente Cigloboro.

NICIAS.—¿ El tratante en ganado debía, pues, ser derribado por el comerciante en pieles?

DEMÓSTENES.—Sí, por cierto.

NICIAS.—¡ Infeliz de mí! ¿ dónde podremos encontrar otro comerciante?

DEMÓSTENES.—Aún hay otro de astucia extraordinaria.

NICIAS.—¿ Quién, por favor, quién es?

DEMÓSTENES.—¿ Lo diré?

NICIAS.—Sí, por Júpiter.

DEMÓSTENES.—Un choricero será quien le derribe.

NICIAS.—¡ Un choricero! ¡ Nobilísimo oficio, por Neptuno! pero, ¿ dónde hallaremos á ese hombre?

DEMÓSTENES.—Busquémosle.

NICIAS.—Ahora entra uno en el mercado; los dioses nos lo envían.

(Entra el choricero con una tabla llena de embutidos.)

DEMÓSTENES.—¡ Ven, ven, choricero dichoso! ¡ adelante, hombre querido, á quien está reservada nuestra salvación y la de la República!

EL CHORICERO.—¿Qué es esto? ¿por qué me llamáis?

—DEMÓSTENES.—Ven acá, y escucha tu feliz y afortunado destino.

NICIAS.—Ea : cógele el tablero y entérale del oráculo del dios y de su contenido. Voy á ver lo que hace el paflagonio.

DEMÓSTENES.—Vamos : deja primero en el suelo tus mercancías, y adora después á la tierra y á los dioses.

EL CHORICERO.—Heme aquí. ¿Qué es ello?

DEMÓSTENES.—¡Mortal bienaventurado! ¡mortal opulento, que hoy no eres nada, y mañana lo serás todo! ¡oh, jefe de la afortunada Atenas!

EL CHORICERO.—¿Por qué, buen hombre, te burlas de mí y no me dejas lavar estas tripas ni vender estos chorizos?

DEMÓSTENES.—¿Qué tripas? ¡Insensato! mira allí. ¿Ves esas filas de ciudadanos?

EL CHORICERO.—Las veo.

DEMÓSTENES.—Pues bien, tú serás su jefe, y el jefe del mercado, y de los puertos y de la Asamblea; pisotearás el Senado; destituirás á los generales, les cargarás de cadenas, los reducirás á prisión y establecerás tu mancebía en el Pritáneo.

EL CHORICERO.—¿Yo?

DEMÓSTENES.—Sí, tú; y aún no lo ves todo. Súbete sobre este tablero y mira todas las islas del rededor.

EL CHORICERO.—Las veo.

DEMÓSTENES.—No; tú *venderás* todo eso. Porque llegarás á ser, como el oráculo lo dice, un gran personaje.

EL CHORICERO.—Pero, ¿cómo yo, que soy un choricero, llegaré á ser un personaje?

DEMÓSTENES.—Por eso mismo llegarás á ser un grande hombre; porque eres un canalla audaz, salido de la hez del pueblo.

EL CHORICERO.—Me creo indigno de ser grande.

DEMÓSTENES.—¡Pobre de mí! ¿de qué te crees indigno? parece que abrigas aún algún buen sentimiento; ¿acaso perteneces á una clase honrada?

EL CHORICERO.—No, por los dioses; pertenezco á la canalla.

DEMÓSTENES.—¡Oh, mortal afortunado! ¡de qué felices dotes de gobierno te ha colmado la Naturaleza!

EL CHORICERO.—Pero, buen amigo, ¡si no he recibido la menor instrucción! ¡si sólo sé leer, y eso, mal!

DEMÓSTENES.—Precisamente lo único que te perjudica es saber leer, aunque sea mal, porque el gobierno popular no pertenece á los hombres instruidos y de intachable conducta, sino á los ignorantes y perdidos. No desprecies lo que los dioses te prometen en sus predicciones.

EL CHORICERO.—Me lisonjean, por vida mía, sus vaticinios ; mas no acierto á comprender cómo puedo ser apto para los negocios políticos.

DEMÓSTENES.—Muy fácilmente. Haz lo mismo que ahora : embrolla y revuelve los negocios como acostumbras á hacer con los intestinos, y conquista el cariño del pueblo engolosinándole con proposiciones culinarias. Tus cualidades son las únicas para ser un demagogo á pedir de boca : voz terrible ; natural perverso ; impudencia de plazuela ; en fin, cuanto se necesita para gobernar la República. Los oráculos y el mismo Apolo Pitio te designan para ello. Ea : ponte una corona, haz una libación á la *necedad* y ataca á tu rival denodadamente.

EL CHORICERO.—¿ Y quién me ayudará ? los ricos le temen ; la pobre plebe tiembla en su presencia.

DEMÓSTENES.—Pero hay mil honrados caballeros que le detestan y que te defenderán ; en concilio vendrán todos los ciudadanos buenos y probos, todos los espectadores sensatos y yo con ellos, y hasta los mismos dioses. No temas ; ni siquiera verás su rostro, pues ningún artista se ha atrevido á esculpir su máscara. Sin embargo, ya se le conocerá ; los espectadores no son lerdos.

(Sale Cleón.)

EL CHORICERO.—¡ Desdichado de mí ! ¡ ya sale el paflagonio !

CLEÓN.—No quedará impune—lo juro por los doce grandes dioses,—la conspiración que estáis tramando contra el pueblo hace tanto tiempo. ¿ Qué hace aquí esta copa de Calcis ? no cabe duda de que tratabais de sublevar á los calcidenses. Pereceréis, moriréis sin remedio, pareja de malvados.

DEMÓSTENES.—¡ Eh, tú ! ¿ por qué huyes ? quédate, ilustre choricero. No abandones la empresa. Acudid, caballeros : llegó la hora. Simón, Panecio : colocaos en el ala derecha ; ya se acercan. Persiste tú también y dale cara de nuevo. El polvo que levantan te anuncia que ya llegan ; resístele, acométele, hazle que huya.

CORO DE CABALLEROS.—Hiere, hiere á ese canalla enemigo de

los caballeros, recaudador sin conciencia, avispero de perversidad, mina de latrocinios, y canalla, cien veces canalla y siempre canalla ; nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada día. Pero sacúdele, síguele, zarandéale, expulsa á ese bribón ; maldícele como nosotros y persíguele gritando. ¡ Cuidado, no se te escabulla ! ¡ mira que sabe los caminos por donde Eucrates se escapó, salvándose !

CLEÓN.—¿ Todos os subleváis contra mí ? ¡ y, sin embargo, ciudadanos, por vuestra causa soy apaleado, pues iba á proponer en el Senado que se construyese en la ciudad un monumento conmemorativo de vuestro valor !

CORO.—¡ Qué hablador y qué astuto ! mira cómo se arrastra á nuestro alrededor y trata de engañarnos, como si fuéramos unos viejos chochos. Mas, si vence por estos medios, con ellos será castigado ; si se inclina hacia aquí, le aplicaré un puntapié.

CLEÓN (*apaleado*).—¡ Oh, pueblo ! ¡ oh, ciudadanos ! ¿ qué fieras me patean el vientre ?

CORO.—¿ También tú gritas, destructor de la República ?

EL CHORICERO.—Yo me comprometo á ahuyentarlo al punto con mis gritos.

CORO.—Si tus gritos son mayores, te proclamaremos vencedor ; si le sobrepujas en desvergüenza, nuestra será la victoria.

CLEÓN.—Yo delato á ese hombre, y sostengo que ha llevado las salsas de sus mercancías á las naves peloponesas.

EL CHORICERO.—Y yo, voto á briós, acuso á éste de haber ido al Pritáneo con el estómago vacío y haber vuelto de él con el vientre lleno.

DEMÓSTENES.—Y, además, saca de allí cosas prohibidas, carne, pan y pescado, lo cual nunca consiguió ni el mismo Pericles.

CLEÓN.—Los dos vais á morir.

EL CHORICERO.—Gritaré tres veces más que tú.

CLEÓN.—Te aturdiré con mis voces.

EL CHORICERO.—Te ensordecereé con mis gritos.

CLEÓN.—Te acusaré cuando seas general.

CORO.—¿ No has hecho desde el principio ostentación de desvergüenza, arma única de los oradores ? tú, que eres el jefe de esta impudente gavilla, sonsacas á los extranjeros opulentos ;

por eso el hijo de Hipodamo, llora cuando te mira ; pero ha aparecido, ¡ cuánto me alegro ! otro hombre más bribón que tú, que te arrojará del puesto y á lo que parece, te vencerá en audacia, intrigas y maquinaciones. (*Al choricero*). Tú, que te has criado aquí, de donde salen los hombres que valen algo, demuéstranos cuán inútil es una educación honrada.

EL CHORICERO. — Escuchad, pues, quién es este ciudadano.

CLEÓN. — ¿ No me dejarás hablar ?

EL CHORICERO. — No, por cierto ; también yo soy un canalla.

CORO. — Si eso no le convence, dile que también fueron canallas tu padre y tu madre.

CLEÓN. — ¿ No me dejarás hablar ?

EL CHORICERO. — No.

CLEÓN. — Sí.

EL CHORICERO. — No, por Neptuno. Discutamos antes para ver á quién le corresponde hablar el primero.

CLEÓN. — ¡ Oh, voy á estallar !

EL CHORICERO. — No te dejaré.

CORO. — Déjale, por los dioses te lo pido ; déjale que estalle.

CLEÓN. — ¡ En qué cepo de madera te voy á meter !

EL CHORICERO. — Te acusaré de cobardía.

CLEÓN. — Cubriré sillas con tu piel.

EL CHORICERO. — Te desollaré para hacer un zurrón de bandidos.

CLEÓN. — Te clavaré en el suelo.

EL CHORICERO. — Te haré picadillo.

CLEÓN. — Te arrancaré los párpados.

EL CHORICERO. — Te reventaré el buche.

CLEÓN. — ¡ Migajones, como un perro ! ¿ y tú, miserable, que te has alimentado como un perro, quieres reñir con un cinocéfalo ?

EL CHORICERO. — ¡ Eh, por Júpiter ! también yo cometía mis fraudes cuando chico. Engañaba á los cocineros diciéndoles : « mirad, muchachos, ¿ no véis ? ya viene la primavera, la golondrina ». Ellos miraban, y mientras tanto, yo les atrapaba muy buenas tajadas.

CORO. — ¡ Astucia admirable ! ¡ inteligencia precoz ! como los

aficionados á comer ortigas, hacías tu cosecha antes de volver las golondrinas.

EL CHORICERO.—La mayor parte de las veces no me veían ; pero si alguno lo notaba, escondía la carne entre los muslos, y juraba por todos los dioses que nada tenía. Por lo cual dijo un orador que me vió : Es imposible que ese muchacho no llegue á gobernar la República.

CORO.—Acertó en su pronóstico. Claro está en qué se fundaba : en que negabas descaradamente el hurto, mientras lo escondías entre las nalgas.

CLEÓN.—Yo reprimiré tu audacia, ó más bien la de los dos, me arrojaré sobre ti con ímpetu horrendo, y, á modo de violento torbellino revolveré los mares y la tierra.

EL CHORICERO.—Pero yo formaré con mis chorizos una balsa, y encomendándome sobre ella á las olas propicias, te daré que sentir.

CLEÓN.—Eres un impostor.

EL CHORICERO.—Y tú, un bandido.

CORO.—Dale duro !

CLEÓN.—¡ Ay ! ¡ ay ! los conspiradores me matan á palos.

CORO.—¡ Dale, dale duro ; azótale el vientre con manojos de intestinos, castígale sin piedad. ¡ Oh, admirable corpulencia ! ¡ oh, el forzado corazón, salvador de la República y de los ciudadanos ! ¡ con qué hábil oratoria ha sabido vencerle ! ¡ ojalá pudiéramos alabarte como deseamos !

CLEÓN.—Iré al punto al Senado y delataré á todos vuestra conspiración, vuestras reuniones nocturnas contra la República, vuestra connivencia con el rey persa, y ese negocio con los de Beocia que tratáis de que cuaje.

CORO.—Demuéstranos ahora ingenio y valor ; tú, que, como acabas de confesarlo, escondías en otro tiempo la carne entre los muslos. Corre al Senado sin perder un instante, pues ése va á calumniarnos á todos, vociferando como acostumbra.

EL CHORICERO.—Voy allá ; pero antes permitidme que deje aquí estas tripas y cuchillos.

CORO.—Para que al combatir, harto de ajos, tengas más fuerza, amigo mío ; pero anda pronto.

EL CHORICERO.—Ya voy.

CORO.—Procura morderlo y derribarlo, arráncale la cresta y no vuelvas sin haberte comido su papada. Parte alegre y triun-

fa como es mi deseo. ¡ Que el Júpiter del mercado te guarde y vuelvas vencedor y cubierto de coronas! (*Vuelve el choricero*).

CORO.—¡ Oh, el más querido y valiente de los hombres! ¡ cuán inquietos nos ha tenido tu ausencia! ya que vuelves sano y salvo, cuéntanos cómo te las has arreglado.

EL CHORICERO.—Escuchad, pues la cosa merece la pena. En cuanto salió de aquí, le seguí pisándole los talones; apenas entró en el Senado empezó con su voz estentórea á tronar contra los caballeros, acumulándoles calumnias portentosas, acusándoles de conspiradores y amontonando palabras sobre palabras que empezaban á ser creídas. El Senado le escuchaba y tan fácilmente se apacentó de aquellas falsedades, que crecían prodigiosamente como la mala hierba, que ya lanzaban miradas severas y fruncían el entrecejo. Pero yo, cuando comprendí que sus palabras producían efecto y que conseguía engañar á su auditorio, exclamé:—¡ Oh, dioses protectores de la lujuria y del fraude, de las chocarrerías y desvergüenzas; y tú, Mercado, en donde se educó mi niñez; dadme audacia, lengua expedita é impudente voz! Cuando pensaba en esto, un bardaje se deshahogó á mi derecha, y yo me prosterné en actitud de adoración; después, empujando la barrera con la espalda, grité abriendo una boca enorme:—Senadores, soy portador de buenas noticias y quiero ser el primero en anunciároslas: desde que estalló la guerra, nunca han estado más baratas las anchoas.—Al punto la serenidad brilló en todos los semblantes y en seguida me decretaron una corona por la fausta nueva; yo, en cambio, les enseñé en pocas palabras un secreto para comprar muchas anchoas por un óbolo: que era el recoger todos los platos á los fabricantes; todos aplaudieron y me miraban con la boca abierta. Advirtiendo esto el paflagonio, que conoce el modo de engatusar al Senado, dijo:—Ciudadanos: propongo, ya que tantas buenas nuevas acaban de anunciarnos, que para celebrarlas inmolemos cien bueves á Minerva.—Y el Senado se puso otra vez de su parte: yo, viéndome entonces humillado y vencido, le cogí la vuelta, proponiendo que se sacrificase hasta doscientos y además mil cabras á Diana si al día siguiente se vendían las sardinas á un óbolo el ciento; con esto el Senado se inclinó de nuevo á mi favor; y el paflagonio, aturdido, empezó á decir necesidades: los arqueros y pritanos le sacaron fuera y se formaron grupos en que se trataba de las anchoas. El les suplicaba que es-

perasen un momento:—Escuchad—exclamaba,—lo que va á decir el enviado de la ceremonia: Viene á tratar de la paz.—Entonces gritaron todos á una:—¿Ahora de la paz? ¡Estúpido! ¡Después que han sabido lo baratas que tenemos las anchoas, no necesitamos paz, sino la guerra!—Y mandaron á los pritanos que levantasen la sesión. En seguida saltaron las verjas por todas partes. Yo me escapé y corrí á comprar cuanto cilantro y puerros había en el Mercado, y los distribuí luego gratis á todos los que lo necesitaban para sazonar las anchoas. Ellos no hallaban palabras con qué elogiarme y me colmaban de caricias, hasta el punto de que con un solo óbolo de cilantro me he hecho dueño del Senado.

CLEÓN.—¡Que me muera si no te hago añicos, por pocas de mis antiguas mentiras que me resten!

EL CHORICERO.—Me gusta oír tus amenazas y reirme de tus humos; de miedo que me das, bailo y grito ¡qui qui ri qui!

CLEÓN.—¡Pobre hombre! No pienses que me has de jugar otra pasada como la del Senado: acudamos al pueblo.

EL CHORICERO.—Nada nos lo impide: adelante, no haya tardanza.

CLEÓN.—¡Oh, pueblo! ¡sal aquí!

EL CHORICERO.—Sí, por Júpiter; sal aquí, padre mío!

CLEÓN.—¡Pueblecillo mío, querido, sal para que veas cuán indignamente me trata!

PUEBLO.—¿Quiénes son esos alborotadores? ¡fuera pronto de esta puerta! me habéis tirado el ramo de olivo. ¿Quién te maltrata, paflagonio?

CLEÓN.—Este, y esos jóvenes que me apalean por tu causa.

PUEBLO.—¿Por qué?

CLEÓN.—Porque te quiero, ¡oh, pueblo! y estoy enamorado de ti.

PUEBLO.—Y tú, ¿quién eres?

EL CHORICERO.—Yo soy su rival; te amo ya hace tiempo y como otros muchos buenos y honrados ciudadanos sólo anheló serte útil; pero éste nos lo impide, pues tú te pareces á esas jóvenes rodeadas de amantes; no quieres á los buenos y honrados, y te entregas á los vendedores de lámparas, y á los zapateros, guarnicioneros y curtidores.

CLEÓN.—Pueblo mío: convoca una asamblea para que sepas quién de los dos te quiere más, y decidas quién merece tu amor.

CLEÓN.—¡ Oh, poderosa Minerva, protectora de la ciudad ! Si después de Lisigles, Cinna y Salabaca soy yo el que más amo al pueblo ateniense, concédeme que, como hasta ahora, sea, por no hacer nada, alimentado á costa del Estado. Mas si te aborrezco y no combato por ti, aunque me vea aislado, que muera y me sierren vivo, y corten en correas mi pellejo.

EL CHORICERO.—¡ Y yo, pueblo mío, si no es cierto que te amo y estimo, permita Júpiter que sea cocido y hecho menudísimas tajadas ; si no crees mis palabras, consiento en ser rallado sobre este tablero, mezclado con queso para hacer un almodrote y arrastrado con un gancho al Cerámico.

CLEÓN.—¡ Oh, pueblo ! ¿ cómo puede haber un ciudadano que te ame más que yo ? Desde que soy tu consejero he enriquecido tus tesoros, atormentando á éstos, apurando á aquéllos y pidiendo á otros, sin atender á ningún particular con tal de serte grato.

EL CHORICERO.—Todo eso, ¡ oh, pueblo !, nada tiene de extraordinario ; yo haré lo mismo, pues robaré panes á otros para servírtelos. No creas que se te ama y procura tu bien en consideración á tu persona, sino por calentarse á tu fuego. De otra suerte, ¿ cómo no ve que tú, que en defensa de esta tierra desenvainaste en Maratón la espada contra los persas y alcanzaste de ellos aquella insigne victoria tantas y tantas veces ponderada, te sientas siempre sobre esas duras piedras ? nunca se le ha ocurrido, como á mí, ofrecerte un cojín, como éste que te traigo cosido con mis propias manos. Ea : levántate y siéntate sobre él cómodamente ; así no estarán mortificados estos miembros que trabajaron tanto en Salamina.

PUEBLO.—¿ Quién eres, amigo mío ? ¿ eres, acaso, de la raza de Armodio ? Tu obsequio es en verdad muy popular y delicado.

CLEÓN.—Eso es muy poco para que te muestres benévolo con él.

EL CHORICERO.—A fe que tú le has engañado con mucho menos cebo.

CLEÓN.—¿ No es insufrible, ¡ oh, pueblo ! tener que oír estos dicterios sólo porque te amo ?

PUEBLO.—Cállate : basta de injurias. Harto tiempo me has engañado.

EL CHORICERO.—¡ Es un malvado, pueblecillo mío ! ha cometido mil iniquidades mientras te ha tenido sorbido el seso. Se ha hecho pagar á peso de oro la impunidad de los concusio-

narios, y, metiendo el brazo hasta el codo en el tesoro de la república, ha robado cuanto ha podido.

(Después de esto, la lucha entre los rivales comienza con toda formalidad. Es un torneo de obsequios al pueblo, de carácter culinario principalmente, y el eterno plato, la cuestión de Pilos, es de nuevo servido al viejo camorrista, al cual parece que el poeta está dispuesto á disgustar con la única hazaña llevada á cabo por Cleón. El choricero lleva por algún tiempo la ventaja en los regalos, hasta que le sorprende la noticia de que Cleón ha conseguido un magnífico plato de liebre para el pueblo. Al principio se desconcierta, pero luego recurre á una estratagema.—Han venido á mí unos embajadores—dice—y parece que traen las bolsas bien repletas.—¿Dónde están?—exclama Cleón ansiosamente, volviéndose á todas partes.—La carne de liebre pasa inmediatamente á manos de su rival, el cual ofrece al pueblo la golosina en su propio nombre. Cleón se indigna naturalmente.—¡Fuí yo quien tuve el trabajo de coger la liebre!—gritaba.—¡Y fuí yo quien tuve el trabajo de prepararla!—replica el choricero.—¡Necios!—dice el experto pueblo—no me importa quién la cogió, ni quién la ha preparado; lo único que me interesa es quién me la ha servido á la mesa.—Cleón pierde cada vez más terreno. Su rival propone una nueva prueba de afecto.—Que se registren nuestras arcas—dice,—y así se verá quién ha sido más generoso con el pueblo y su estómago.—Se hace esto, y el arca del nuevo candidato se encuentra vacía.—Eso es—dice—porque todo lo he dado á mi querido pueblecillo.—En la de Cleón hay abundancia de cosas exquisitas; y un tentador pastel de queso provoca en particular la sorpresa del pueblo.—¡Granuja!—exclama.—¡Esconder un prodigioso pastel de queso como éste, y darme á mí un miserable bocado de él!; ¡y eso después que le he regalado una corona y muchas otras cosas más!—Cleón tiene que quitarse la corona (ó guirnalda) y ponerla en la cabeza de su enemigo. El choricero, que ha adoptado desde entonces el nombre de Agorácrito, apenas recupera el favor del pueblo, lo alimenta y agasaja de tal modo, que el viejo recupera las fuerzas y bríos de su pasada juventud. Vuelve á ser el mozo varonil y espléndido de los tiempos de Maratón y Salamina. Desde luego, todo esto se refiere á los sucesos políticos y militares de la época.)

CORO.—¡ Antorcha de la sagrada Atenas, salvador de nuestras islas!, ¿qué fausta nueva nos anuncias? qué dicha es ésa que llenará nuestras plazas con el humo de los sacrificios?

AGORÁCrito.—He regenerado al pueblo, y lo he hermo-
seado.

CORO.—Y ahora, ¿dónde está? ¡oh, inventor de cambio tan prodigioso!

AGORÁCrito.—Habita en la antigua Atenas, coronada de violetas.

CORO.—¿Cuándo le veremos? ¿Qué vestido tiene? ¿cómo es ahora?

AGORÁCrito.—Es lo que era antes, cuando tenía por comensales á Milciades y Arístides. Vais á verle; pues ya resuenan las puertas de los propíleos. Regocijaos; saludad con ruidosas aclamaciones á la admirable y celebrada Atenas; miradla qué bella aparece, recobrado su antiguo esplendor y habitada por un pueblo ilustre.

CORO.—¡ Oh, hermosa y brillante ciudad coronada de violetas! muéstranos al único señor de este país y de la Hélada.

¡ Salud, rey de los griegos! Contigo nos congratulamos; sobre ti ha derramado la fortuna dones dignos de esta ciudad y de los trofeos de Maratón.

El pueblo se adelanta, engalanado con su espléndido y anticuado atavío. Los rasgos de su máscara han sido trocados por los de la juventud, y durante toda la escena manifiesta las características que, en opinión de los atenienses, denotaban la juventud: ardor, vehemencia, y algo de timidez y embarazo.

PUEBLO.—¡ Oh, queridísimo amigo! acércate, Agorácrito. ¡ Cuánto bien me has hecho transformándome!

AGORÁCrito.—¿ Yo? Pero, buen hombre, aun no sabes lo que eras antes y lo que hacías; de otra suerte me creerías un dios.

PUEBLO.—¿ Pues qué hice antes? dime: ¿cómo era?

AGORÁCrito.—Antes, si alguno decía en la asamblea: «¡ oh, pueblo, yo soy tu amigo, yo te amo de veras, yo soy el único que velo por tus intereses!», al punto te levantabas del asiento y te pavoneabas arrogante.

PUEBLO.—¿ Yo?

AGORÁCrito.—Y después de engañarte se marchaba.

PUEBLO.—¿Qué dices? ¿eso hicieron conmigo, y yo nada conocí?

AGORÁCrito.—No es extraño: tus orejas se extendían unas veces, y otras se plegaban como un quitasol.

PUEBLO.—¡Tan imbécil y chocho me puso la vejez!

AGORÁCrito.—Además, si dos oradores trataban, uno de equipar las naves y el otro de pagar á los jueces su salario, siempre se retiraba vencedor el que habló del sueldo, y derrotado el que propuso armar la escuadra.—Pero ¿qué haces? ¿Por qué bajas la vista? ¿No puedes estarte quieto?

PUEBLO.—Me avergüenzo de mis faltas pasadas.

AGORÁCrito.—Pero no te aflijas; no es tuya la culpa, sino de los que te engañaron. Ahora contéstame: si algún abogado chocarrero te dice: «Jueces, no tendréis pan si no condenáis á este acusado», ¿qué le harás?

PUEBLO.—Lo levantaré en alto y lo arrojaré al Báratro, colgándole del cuello á Hipérbolo. Después mandaré que ningún ciudadano inscrito en la lista de los hoplitas pueda pasar por recomendación á otro orden; cada cual estará en la lista donde se le apuntó al principio.

AGORÁCrito.—Eso va derecho contra el escudo de Cleónimo.

PUEBLO.—Ningún imberbe podrá hablar en la asamblea.

AGORÁCrito.—¿Y dónde perorarán Clístenes y Estratón?

PUEBLO.—Hablo de esos jovenzuelos que frecuentan las tiendas de perfumes, donde charlan así:—¡Qué docto es Feax! ¡Cuán acertada ha sido su educación! Se apodera del ánimo de sus oyentes y los conduce á su fin: es sentencioso, sabio, y muy diestro en mover las pasiones y en dominar un tumulto.

AGORÁCrito.—Eso lo podrás decir cuando te entregue las treguas por treinta años. ¡Hola, treguas: presentaos pronto!

PUEBLO.—¡Júpiter supremo! Qué hermosas son! Dime, por los dioses: ¿puede tratarse con ellas? ¿Dónde las encontraste?

AGORÁCrito.—Pues qué, ¿no las tenía guardadas el paflagonio para que tú no las hallases? Yo te las doy; vete al campo y llévatelas.

PUEBLO.—¿Qué castigo vas á imponer á ese paflagonio que ha hecho tanto mal?

AGORÁCrito.—Uno pequeño. No le impondré más que el

ejercer mi antiguo oficio : vender chorizos en las puertas, y picar carnes de perros y burros. Cuando se embriague, reñirá con las prostitutas, y no beberá más agua que la de las bañeras.

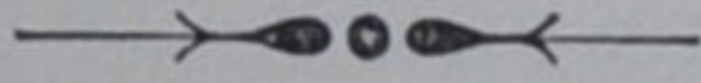
PUEBLO.—Excelente idea : nadie más digno que él de des trozarse á denuestos con los bañeros y prostitutas. En recompensa de tantos beneficios te invito á venir al Pritáneo y á ocupar en él la silla de aquel miserable. Sígueme y coge esta túnica verde rana. Conducid al paflagonio al sitio donde ha de ejercer su oficio, para que lo vean los extranjeros á quienes solía ultrajar.

PARÁBASIS

Si alguno de vuestros antiguos poetas cómicos nos hubiese pedido que recitáramos sus versos en el teatro le hubiera sido difícil conseguirlo ; pero el autor de esta comedia es digno de que lo hagamos en su obsequio, ya porque odia á los mismos que nosotros aborrecemos, ya porque, desafiando intrépido al huracán y las tempestades, no le atemoriza el decir lo que es justo. Como muchos se le han acercado admirándose de que desde hace tiempo no haya solicitado un coro, y preguntándole la causa de ello, el poeta nos manda que os manifestemos su motivo. «No ha sido sin razón—dice,—el haber tardado tanto, sino por conocer que el arte de hacer comedias es el más difícil de todos, hasta el punto de que de los muchos que lo solicitan, pocos logran dominarlo». Sabe, además, desde hace tiempo, cuán inconstante es vuestro carácter y con qué facilidad abandonáis, apenas envejecen, á los poetas antiguos. No ignora, en primer lugar, la suerte que cupo á Magnes cuando le empezaron á blanquear los cabellos. Aunque había conseguido muchas victorias en los certámenes cómicos ; aunque recorrió todos los tonos y presentó en escena citaristas, aves, lidios y cinices ; aunque se pintó el rostro del color de las ranas, no pudo sostenerse, sino que en la edad madura y no en la juventud le abandonasteis, porque con los años había perdido aquella gracia que os hacía reír. También se acuerda de Cratino, que en sus buenos tiempos, en el apogeo de su gloria corría impetuosamente por los llanos y desarraigando plátanos y encinas, los arrastraba con sus adversarios vencidos ; entonces no se podía cantar en los banquetes otra cosa que *Doro, la de las sandalias de higuera, y autores de himnos elegantes* : ¡ tan floreciente estaba ! Pero

ahora cuando le veis chochar no os compadecéis de él : desde que á su lira se le caen sus clavijas, se le saltan las cuerdas y se le tuercen las armonías, el pobre anciano vaga lo mismo que Connas, ceñida la frente de una seca corona y muerto de sed, él que por sus primeros triunfos merecía beber en el Pritáneo y en vez de delirar en la escena, presenciar perfumado el espectáculo, sentado junto á la estatua de Baco. ¿Y Crates, cuántos insultos y ultrajes vuestros no sufrió á pesar de que os alimentaba á tan poca costa, masticando en su boca delicada los más ingeniosos pensamientos? Y, sin embargo, éste fué el único que se sostuvo, ya cayéndose, ya levantándose.

Temeroso de esto nuestro autor, se ha contenido, repitiéndose á menudo : «Es preciso ser remero antes de ser piloto y guardar la proa y observar los vientos antes de dirigir por sí mismo la nave.» En gracia de esta modestia, que le ha impedido decirnos necedades, tributadle un aplauso que iguale al estruendo de las olas ; honradle en estas fiestas. Leneas con jubilosas aclamaciones, para que, satisfecho de sus triunfos, se retire con la frente radiante de alegría.



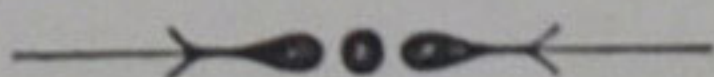
DE LA PAZ

POR BAQUÍLIDES

Ya la gran paz sagrada
 Torna á llenar los hombres de riquezas.
 La lengua delicada
 Del divino poeta en mil bellezas
 Alegre se desata,
 Y en dulces versos los asuntos trata.
 Arden llamas doradas
 En la ara de los dioses poderosos,
 Y con ellas mezcladas,
 Las piernas de los bueyes vigorosos,
 Y la lanuda oveja
 Tampoco de acudir al rito deja.
 La juventud ardiente
 Himnos y flautas suena, y va al amado
 Gimnasio diligente,
 Y en el arnés de hierro entrelazado
 En tanto se desvela

LA GRANDEZA DE ATENAS

La negra araña en fabricar su tela.
 La aguda lanza muerde
 La roña y la consume, y las espadas
 De dos filos las pierde ;
 Y ni ya á las pupilas fatigadas,
 De la trompa el sonido
 Arranca el dulce sueño apetecido.
 Vense por todas partes
 Gratos convites de amistad gozosa
 En diferentes artes ;
 Y en todos ellos suenan, con hermosa
 Música, cuanto cabe,
 Sagrados himnos al amor süave.



LA GRANDEZA DE ATENAS

POR TUCÍDIDES

(De la «Oración fúnebre de Pericles».)

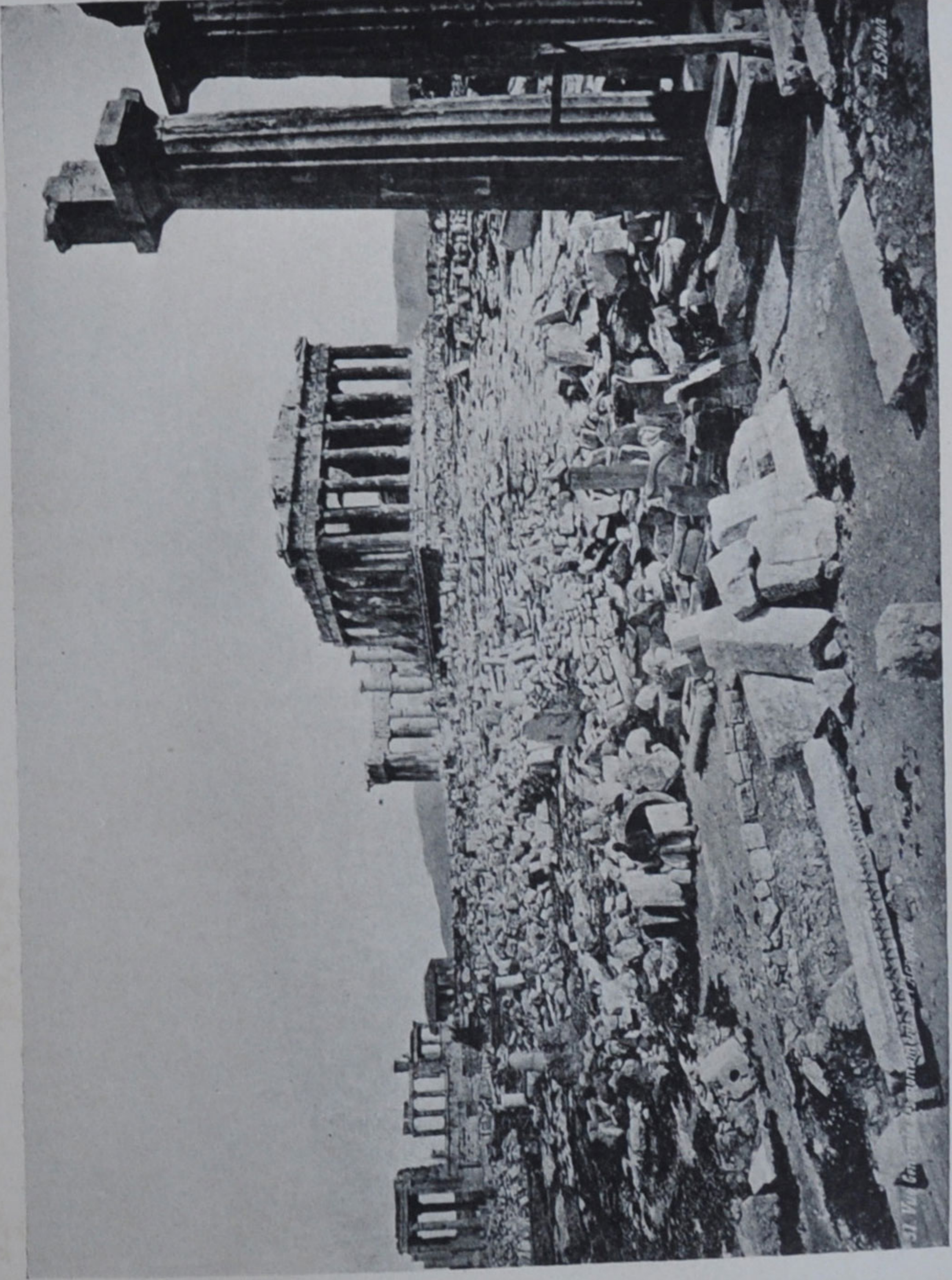
TUCÍDIDES.—Nació el año 471 antes de Cristo; murió el 402 antes de Cristo. Historiador que consagró parte de su vida al estudio y composición de un libro sobre la *Guerra del Peloponeso*, larga contienda en la cual tomó él mismo parte como general de los atenienses. Condenado al destierro, murió asesinado. Ha sido considerado como el primer historiador-filósofo.

Muchos de aquéllos que antes de ahora han hecho oraciones en este mismo lugar y asiento, alabaron de gran manera esta costumbre antigua de elogiar, delante del pueblo, á aquéllos que murieron en la guerra ; mas, á mi parecer, las solemnes exequias que públicamente hacemos hoy, son la mejor alabanza de aquéllos que por sus hechos las han merecido. Y también me parece que no se debe dejar al albedrío de un hombre solo que pondere las virtudes y loores de tantos buenos guerreros, ni menos dar crédito á lo que dijere, sea ó no buen orador, porque es muy moderarse en los elogios, hablando de cosas de que apenas se puede tener firme y entera opinión de la verdad. Porque si el que oye tiene buen conocimiento del hecho y quiere bien á aquél de quien se habla, siempre cree que se dice menos en su alabanza de lo que deberían y él querría que dijesen ; y, por el contrario, el que no tiene noticia de ello, le parece, por envidia, que todo lo que se dice de otro, es superior á lo que alcanzan sus fuerzas y poder. Entiende cada oyente que no deben elogiar á otro por haber hecho

Pessoa

15-VII-11

21. 17-VII-11



Atenas.